

Año VI. • Tomo VI.

Madrid, 1.º Diciembre 1903.

Núm. 131.

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

Helenismo y Nietzscheismo, Philéas Lebesgue.—Crónica científica, Tarrida del Mármol.—Valor social de leyes y autoridades, (continuación), Pedro Dorado.—El castillo maldito (continuación), Federico Urales.—Crónicas de Arte y de Sociología, J. Pérez Jorba.—La decadencia anarquista, Juan Marestán.—Crónica teatral, Angel Cunillera.

ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1
MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año V.-T.º V.-N.º 131

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

1.º de Diciembre de 1903

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

HELENISMO Y NIETZSCHEISMO

Si no temiera enunciar una paradoja, diría que la Grecia moderna es una nieta segunda de la antigua Roma, retrasada en manos de una nodriza bárbara que la robará a su madre.

Nada más difícil, por lo demás, que explorar la psicología histórica de ese pueblo resucitado de ayer y cuyos antepasados, después de haber edificado las bases de la civilización universal, hubieron de sucumbir bajo la fuerza disciplinada de sus propios discípulos.

Toda nuestra educación proviene de ellos, que supieron á la vez glorificar la vida y proclamar, desde la aurora de los tiempos históricos, la soberanía de la justicia.

Hágase ó dígase lo que se quiera en pro ó en contra de las dos corrientes civilizadoras que se dividen actualmente el mundo; unos y otros, germanos y latinos, han tomado lo que conservan de verdadera cultura intelectual y moral de la antigua Grecia, víctima harto presto de insolentes conquistas, pero inmortal en su alma étnica, que jamás fué subyugada.

En efecto; el problema cuyo enigma nos sobrecoge desde que consideramos los destinos de la Helada nueva, descansa por completo en la cuestión del alma griega, permanente ó no en los modernos habitantes del suelo helénico.

«Lengua, idea, alma es todo uno», piensa con razón Juan Psichari, cuyo nombre va mezclado á todo el movimiento intelectual de la Grecia contemporánea. Ahora bien, la lengua, por lo menos en sus formas exteriores, ha variado; esto es un hecho incontestable. Ha variado, como varió el latín para dar nacimiento al italiano. Pero no es completamente lo mismo, porque en la historia de Grecia no hay que olvidarse de Bizancio, que fué un grano latino plantado en el suelo griego. Algo nuevo se amalgamó allí con el alma primitiva, cuya integridad pudo parecer un instante amenazada.

Pero la Grecia moderna ignora las consecuencias profundas de su historia, cuyas miserias querría ella poder borrar.

De aquí tantas discusiones sobre una religión ininteligente del pasado, del desconocimiento de las leyes de la vida y de una fundamental carencia de espíritu crítico.

La lengua ha variado porque todo lo que vive evoluciona y está sujeto á cambio; ha cambiado en razón del momento, es decir, de las vicisitudes históricas; pero el espíritu atávico de la raza no ha cesado un instante de reaccionar en contra con toda su instintiva virtud y toda su secular cultura, imponiendo á sus medios de expresión una evolución conforme con sus destinos.

Así, fonética y sintáxicamente, el lenguaje helénico, á pesar de las erosiones que ha

sufrido, no ha cesado de obedecer, desde la antigüedad, á las leyes invariables y secretas, que son el reflejo directo del temperamento nacional.

Lejos, pues, lejos de ser una hija bastarda ó degenerada del antiguo griego, la lengua hablada corrientemente en aquel país y que está proscrita de la Universidad, de los periódicos, cuando no de la poesía pura, aparece como la única heredera legítima del idioma de Platón. A despecho de una hostilidad del mismo orden, ha sido preciso que los lenguajes neolatinos triunfasen del latín escolástico, en el que se cobijó durante tanto tiempo la vanidad de los falsos sabios. No se marcha á reculones, y en esto deberfan pensar los partidarios exclusivos de la lengua *depurada*, la *catharevousa*.

Grecia, como sucede siempre en tales casos, parece que no se decide sino de mala gana á reconocerse á sí misma, obstinada, como lo está, en querer conservar su aspecto de mujer vieja. Eternízanse las disputas en pro y en contra de la evidencia, tanto más apasionadamente cuanto que la educación (si no la instrucción propiamente dicha) falta necesariamente en un pueblo cuya independencia data de ochenta años ha.

Pero este pueblo ha conservado de su educación antigua aptitudes especiales para la educación, para la cultura, y la prueba de ello está en los espíritus superiores salidos de su seno y que, aquí y allí, en Europa, conquistan la atención por diversos títulos. No se ha vuelto bárbaro; se ha vuelto niño.

Y por esto, los que le desprecian ó le abandonan después de haberle mimado, cometen la misma falta de ignorancia y de juicio prematuro.

Los «ojos del alma», como dice el poeta Palamás, han faltado á los que le han mirado al azar, sin atención suficiente; hubiesen visto con claridad que ninguna enfermedad sería puede afectar á un pueblo que no cree en la enfermedad.

¿Y qué raza, á través de tantas vicisitudes, ha sabido guardar más obstinadamente la fe en la vida que esa raza helénica, tantas veces subyugada ó amenazada, pero siempre victoriosa de sus conquistadores?

Podría decirse que allí, donde se prodigó la sangre griega, permanece una virtud secularmente adquirida por el espíritu y el genio griegos, inmortalmente aptos para renacer de sitio en sitio de sus propias cenizas, como esos fuegos mal apagados ocultos bajo el verde césped de los bosques y que reavivan el incendio á pesar de todos los esfuerzos adversos.

No quiero otra prueba que el renacimiento occitano, al cual asistimos, y que, bajo el nombre de felibrigo y de catalanismo, propaga hacia el porvenir la gloria de los Mistral, de los Aubanel, de los Verdaguer, etc.

En todo tiempo las costas del Mediterráneo acogieron el exodo de las abejas viajeras salidas de la Colmena helénica. Espirama, Alejandría, Siracusa, Nápoles, Marsella, Barcelona atestiguan este hecho secular, merced al cual, sin duda, se incendiaron alternativamente los diversos focos civilizadores de nuestra Europa. Enraizado en múltiples capas étnicas, el tronco helénico dió nacimiento á fértiles razas, en las que la madre sabia recobró á menudo el ascendiente, sin que sea posible pegar á los nuevos frutos un aroma más delicado, un sabor olímpico.

Si hablar de la influencia ejercida sobre el renacimiento italiano, por los proscritos de Bizancio conquistada, me acordaba que no se haya buscado más á menudo la parte que pertenece al *devenir* en el desarrollo anterior del *travenderismo*, fuente viva de donde brotó el arte de todo el Sudoeste europeo, después de la invasión de los barbaros. La resurrección paralela de uno y otro no es un hecho menos digno de atención, y yo no sabría, sin duda, formular un voto más conforme con los méritos de las dos razas que el

de ver á la prosa tomar á su vez el lenguaje del pueblo; abierto aquí á la poesía por Mistral, allí por Solomós y Valaviritis. Es preciso que la lengua del pueblo llegue á ser en Grecia un instrumento completo de cultura, al que vaya á cristalizarse en belleza toda el alma secular de la raza. Es preciso que Grecia tenga una voz propia. Antes que la integridad territorial que ella espera siempre, conviene que reconquiste la integridad intelectual, comprometida por los esfuerzos torpes de los retrógrados.

Hay pueblos que, aun cuando no han sabido nunca constituirse por sí mismos territorialmente, no por eso han dejado de manifestar, á través de todos los siglos, una elevada misión de inteligencia y de arte, reveladora de su identidad fundamental. Arrastrados alternativamente en la órbita de los más fuertes, parece á veces que se funden y desaparecen; pero su resurrección es repentina y luminosa; la idea que ellos encarnan está latente, en espera de desarrollarse como una gallarda flor. La *patria* para ellos se convierte en una *causa* y ésta es ya más que la *raza* ó la *tierra*. Basta casi adherirse á la *causa* para ser de la raza; de esta suerte tenemos la *causa felibrea* y la *idea helénica*. Pero, en ninguna época, el País de Oc se encontró totalizado en manos únicas; todos los siglos le negaron la autonomía. Solamente su lengua y su genio se han impuesto á Europa en el umbral de los tiempos modernos. Y si Grecia puede contar entre sus antiguas capitales á Atenas, Constantinopla, Esmirna, Alejandría, incontestablemente Valencia, Barcelona, Burdeos, Tolosa, Arlés, Marsella son ciudades *Lemosias*. Así como el tronco griego menos importantes pertenece á Asia, así un fragmento de la Provenza ó del Languedoc, como se quiera, Cataluña se encuentra unido á España.

Indudablemente, el regionalismo más entusiasta no puede creer en una federación próxima y autónoma de esos trozos dispersos. Sería preciso para esto que Francia, cuya unidad moral es por lo demás inatacable, y que se ha asimilado la Provenza mejor de como lo hizo Castilla con Cataluña, fuese sacudida por una formidable corriente de anarquía ó de descentralización.

Grecia, por su parte, no puede esperar sino lejanamente la reconquista de sus colonias asiáticas y sobre todo de Constantinopla, su verdadera capital moderna, quíerese ó no, porque simboliza, en verdad, todo lo nuevo que entró en el alma griega de otros tiempos.

Desde Bizancio, en efecto, el griego se ha convertido en el *romios*, y la Grecia restringida, con su capital Atenas, es algo incompleto respecto de la *Grecia romaica* con su capital Constantinopla.

Ahora bien; el pueblo *romaico* no sabría hablar otra lengua que la *romaica*, como es consiguiente.

Lo que hace que los provenzales prefieran el provenzal para todo lo que se refiere á Provenza (y Mistral no ha tratado de resucitar la lengua de Bertrand y de Born) debería hacer reflexionar á los griegos de hoy cuando quieren enseñar al pueblo de Grecia otra lengua que no sea la suya.

En vez de ir á tonar, á través de la literatura cosmopolita, formas de cultura, buenas para los *dilettanti*, inadmisibles para ella á causa de la diferencia de los medios y de los momentos históricos, Grecia no tiene necesidad sino en creer en su propia riqueza, que es inmensa, y si á toda costa le es necesario volver á tomar alguna parte del bien que en otra época pudo legar á sus nietos, ¿no es todavía en Francia, en el seno de la opulenta civilización parisién, donde ella puede esperar recobrarlo mejor que en otra parte los ritos armoniosos del viejo culto de la Belleza?

II

¿Qué otra misión persigue la Francia á través de las palpitantes pruebas de su historia, sino imponer á la humanidad el reinado soberano de la justicia, al cual Sófocles aspiraba ya, y que es el de la belleza realizada socialmente bajo la salvaguardia de los elegidos?

Yo he dicho *imponer* porque en este precisamente estriba, á mi entender, la solución de un problema que planteó fuera de lugar, para abordarlo mejor, el genio adivinador, pero exclusivo, de Nietzsche, con gran sorpresa suya, según parece, y para la mayor estupefacción de las almas «actuales».

Nietzsche, en efecto, según él mismo (y él ha cuidado de informarnos, sin desembarazarse suficientemente de todo modernismo), es por excelencia el filósofo *inactual*, porque su pensamiento se halla por completo cimentado en el porvenir.

Así, pues, no quiere él considerar á la humanidad sino al salir del pesimismo total en que vive, al salir de los múltiples errores que la asedian y que debe vencer, una vez reconcentrada en sí misma y sin más fe que su propio destino, que es el de crecer.

El fin de la humanidad no puede alcanzarse más que en sus tipos elevados, y para todo refuerzo, para toda elevación del tipo hombre, es preciso una especie de «hierro»; tales son los términos, aunque un poco duros para nuestro ideal contemporáneo, según los expresa el filósofo, pero nos olvidamos demasiado pronto que nadie, como él, es tan aficionado al giro simbólico de la expresión.

«En suma—añade él—, no deseamos nosotros otra cosa sino que el reino de la concordia y de la justicia sea fundado sobre la tierra.» En lo que, sin duda, se equivoca sobre el valor mismo de sus descubrimientos intelectuales; porque, si el fin de la humanidad y el refuerzo del tipo, y si, como dijo antes, el refuerzo del tipo no puede tender más que á la purificación del gusto, á la estimación profunda de sí mismo, á la voluntad extrema del poderío y del goce, á la verdadera belleza, á la nobleza y grandeza de alma, aun aparte de lo que se llama contento de sí propio ó reciprocidad de servicios prestados, ¿cómo concebir el *superhombre*, aparte de toda evaluación de los sentimientos humanos, sino en cuanto á su cualidad estática ó moral por lo menos, en cuanto á su dinamismo esencial, el cual es muy diferente de su energía momentánea, dejando á un lado toda teoría de progreso? El *superhombre* verdadero será el que sepa resolverse únicamente en favor de las acciones, cuyo efecto, netamente dirigido en convergencia con las fuerzas más sutiles, es decir, inteligentes ó si se quiere divinas, el que se prolongue más allá de la vida misma. Porque, si es verdad que no hay acciones desinteresadas, los actos de amor y de heroísmo son precisamente, según el mismo Nietzsche, espíritu altivo, á quien el temor de ser vulgar hace parcial, «la prueba de un yo muy fuerte y muy rico».

Y la recíproca debe ser igualmente verdadera, de donde se ha de deducir que no se puede pertenecer á la humanidad superior sin poseer el espíritu de justicia.

Así, pues, la justicia no sería otra cosa que la fuerza inteligentemente, es decir, armoniosamente organizada, y la bondad, si hubiera que definirla, no sería á su vez sino la forma más inteligente del egotismo.

Pero el evangelio de Nietzsche no debe servir más que para la educación de una pléyade de escogidos, desengañada de antemano de todo ideal.

En cuanto á su método de cultura, el espíritu aparece en él, parecido al de todos los que tienen por objeto el arrastre exclusivo de la voluntad y que preconizaron en

todo tiempo los cenáculos de iniciados, adeptos de Pitágoras, de Hernes o de la Cábala, los mismos ritos de toda clase de magia no son, sin duda, otra cosa, en su aparente absurdo, que ejercicios de voluntad destinados á ritmar para la acción la energía vital del Mago.

Socialmente, es decir, para las multitudes, Nietzsche puede parecer peligroso por su doctrina de la liberación de los instintos, lo que podía servir para probar que Mago y Rosacruces tenía razón de sustraer sus secretos al vulgo ignorante de la doctrina. Pero Nietzsche es absolutamente individual y no habla de disciplina fuera del individuo. Tal vez fué un vidente, pero no fué un conductor de hombres. En vida suya no fué comprendido, y aun actualmente, en que atrae la curiosidad de los elegidos, no podría ser comprendido por quien no tenga en grado supremo esa gran cualidad moderna de que habla Renán: el espíritu crítico, ó por quien se coloque en el punto de vista del pueblo en la *actualidad*. Pero Nietzsche, que admiraba á Taine, tardíamente afiliado á la teoría poco científica, pero seductora, de las *representative men*, no gustaba de Renán, al que no comprendía, quizá porque Renán fué uno de aquellos cuyo gesto, completamente helénico, supo reconquistar la gracia antigua y apartarse del espíritu cortante y mezquino de la Alemania moderna; *prusianizado* Nietzsche, que supo, sin embargo, estimar á Francia y que profundizó, afinándose á medida que escribía respecto de nosotros; Nietzsche, que deseaba por encima de todo la traducción francesa y que deploraba altamente el envilecimiento intelectual de sus contemporáneos, hubiera podido encontrar en el mismo Renán el presentimiento de su doctrina si no hubiese partido de una negación y de un pesimismo espantosos, ante el vacío de nuestros esfuerzos hacia lo absoluto, si no se hubiera limitado á maldecir, como principios de decadencia, al cristianismo y á todos los movimientos que á él se refieren; comprende en ellos la revolución francesa, cuya obra, es preciso reconocerlo, no hizo más que destronar á Dios, fragmentándole, según el triple modo de las aspiraciones humanas, hacia la dicha: libertad, justicia, amor.

Renán, más profundo, sin duda, que Nietzsche en lo que concierne á los fines humanos, dijo antes que el filósofo alemán: «La inmortalidad consiste en trabajar en una obra eterna. Según la primitiva idea cristiana, solamente resucitarán los que hayan servido al trabajo divino, es decir al reinado de Dios (leed libertad, igualdad y fraternidad) en la tierra. En esto precisamente percibo la superioridad de nuestra raza sobre las otras, por haber comprendido que el hombre se hacía Dios á medida que se conquistaba á sí mismo sobre las contingencias y sobre sus propios sueños. Comprendió que la inmutabilidad era la muerte, puesto que la vida no es engendrada sino por una perpetua busca de equilibrio inestable; comprendió, desde los grandes días de la India antigua, que los dioses nacen del hombre. Como dice también Renán: «Ésta raza pretende organizar á Dios». ¿Y si no es Dios el superhombre perfecto?»

A fuerza de considerar fijamente al individuo, Nietzsche concluye por no ver ya los lazos que unen con los otros á ese individuo tomado aisladamente, así se convierte en adversario de las nacionalidades. Más perspicaz Renán, descubrió que cada nación representa un tono en la humanidad, una facultad de la gran alma,

Estas solas afirmaciones revelan en el celta Renán la alta cultura francesa, en la que el mismo Nietzsche reconocía un reflejo de la Grecia antigua, y que de época en época «depura, clarifica, hace lógico el pensamiento germánico». «Todo lo que Europa ha conocido en nobleza—dice—nobleza de la sensibilidad, del gusto, de las costumbres, nobleza en todos los sentidos elevados de la palabra; todo esto es obra y creación propia de Francia».

Peró como expone en otra parte, hay dos especies de genios: «Una de ellas quiere, ante todo, crear y crea; la otra gusta de dejarse fecundar y da a luz. Del mismo modo, entre los pueblos geniales, los hay a quienes incumben el problema femenino de llevar y el deber secreto de formar, de madurar y de realizar. Los griegos, por ejemplo, eran un pueblo de esta naturaleza y también los franceses — y otros que tienen la misión de fecundar y ser la causa de vidas nuevas; como los judíos, los romanos y tal vez, dicho sea con toda modestia, los alemanes—. Estas dos especies de genios se buscan; como el hombre y la mujer; pero también se desconocen, como la mujer y el hombre.»

En esto mismo, Nietzsche enunciaba el secreto de la penetración intelectual y fatal de Francia y Alemania, y tales palabras podrían también servir para dilucidar lo que pudo dar a luz en Bizancio el matidaje del espíritu latino con la forma griega. Bizancio no ha podido producir nada literariamente significativo; manifestóse allí una especie de sequedad tomana, de que no pudo emanciparse la iniciativa helénica, que rechazó la emboscada turca.

Así como hay dos genios, hay dos mundos humanos: lo bello y lo bueno, la libertad y la justicia, como hay el involuntario y la fuerza, cuyas ideas son la relación y las generadoras, como hay fuerza y substancia, lo que separa y lo que polariza, el ser y el haber, el poder y el deber, la razón y la fe, cien hombres para una misma esencia, recíprocamente enmendados dos a dos: el mundo intelectual y el mundo moral, éste *denominado* de aquél.

Según Juan Pichón, la sublección griega de 1821 fué tal vez un acontecimiento significativo desde el punto de vista del ideal, como la revolución francesa.

Desde entonces, para reproducir aquí un pensamiento que el poeta Joaquín Gasquet aplicaba en otro tiempo a la resurrección provenzal: «nació una nueva concepción».

Es todo un orden naciente de cosas y de ideas que tiene necesidad de una lengua robusta para expresarse en realidad. No la busquemos demasiado lejos. Es la que habla al pueblo: No habiendo sufrido ninguna influencia destructora la vida, la llena todavía, nada la empobrece».

Por esto, a los ojos de los nietzscheanos, por la mayor parte de los cuales temo, no es otra cosa que la personificación de la influencia y de la superioridad germánica en el mundo; Francia no debe continuar siendo la antorcha viviente de la redención, la patria de los superhombres de ayer, que intentaron por sus actos de heroísmo organizar la justicia en el mundo.

Peró los griegos son mediáticamente atentos, porque la atención forma parte de la cultura basada sobre el juicio y la voluntad, para apreciar la calidad de los hechos y su lazo.

¿Cómo no admirar que lo que el pueblo helénico puede y debe llegar a ser, lo lleva en sí mismo?

En esto pueden comprobar la excelencia de este pensamiento de Nietzsche: «La cultura es ante todo, la unidad de estilo artístico en todas las manifestaciones vitales de un pueblo. Saber muchas cosas (lo que dicho sea de paso, parece ser el objeto actual de los helenos instruidos), no es ni un medio necesario de cultura, ni una señal de ésta. Concuésta más bien con lo contrario de la cultura, con la barbarie, esto es, con la falta de estilo o la confusión caótica de todos los estilos.»

Probablemente en esta confusión caótica de todos los estilos, se encontrará hoy Alemania.

A fuerza de amor el artista moderno debe remontarse hasta el profundo manantial de donde brotó en otro tiempo el alma helénica, y de donde brotaría aún, si alguna varita

mágica suplera golpear la piedra de las aguas divinas: el alma popular. Esta ha prodlidido ya, aparte de la *Iliada*, obras maestras más recientes. Los cantos y cuentos órales, vivientes todavía y que no tienen iguales tal vez, en cuanto al sentimiento y á la expresión, sino en los *sónes y gurrerion* de la baja Bretaña.

Al contrario, aparte de algunas notables excepciones, los encargados de la instrucción pública y de la literatura, aspirán, á toda costa, á occidentalizarse por miedo de la mafia turca, sin cuidar que semejante adaptación de formas extranjeras, no es posible más que si se tiene en cuenta las tendencias particulares de la raza.

Ni la cultura alemana, ni la cultura francesa, pueden convenirle para su uso.

¡Y qué ilogismo! Mientras que la Grecia quiere hacer retroceder en muchos siglos á su lenguaje, pretende adoptar en *monotonía* todas nuestras modas.

Grecia no tiene necesidad de esto; no tiene necesidad de nuestros métodos, es decir, del espíritu crítico; base de todo el desenvolvimiento intelectual moderno.

Y este espíritu crítico no es solamente el arte de detallar ideas, sino el de juzgarlas por su propio peso, de ponerlas en su sitio.

¡Entonces brillará para todos los ojos la verdad y la incomparable vida de esta lengua que se pretende desnaturalizar; adulterar de tal manera por elementos extraños, que llegaría á ser desconocida! Por el contrario, le decora una gracia leve que no se encontró en la antigüedad y que parece evocar á veces, en una sonrisa ingenua de melancolía, los duelos rojos de ayer.

Entonces se volverá hacia la obra de los precursores, los Dante, los Mistral, los Gœthe del pasado, del presente ó del porvenir, á todos aquellos cuya gloria se ha hecho por haber fijado un instante en su obra toda la amplitud augusta de un gesto humano hacia el ideal, y, por lo mismo, por revelar á la raza lo esencial de su energía.

El progreso, en su origen, no procede de la muchedumbre, y, si todo hombre, incluso el genial, no es sino el reflejo intelectual y moral del que lo engendra y del que lo rodea, es por una diferenciación cuya virtualidad vital es el sólo motor por lo que puede llegar á imponer una nueva forma á las ideas que á él vienen. Tomando entonces los medios de expresión, que son los de todo el mundo y que por lo mismo están conformes con las aspiraciones de la raza, este hombre se esfuerza en darle un giro específico que llega á ser la síntesis de su época: él la totaliza y la adelanta. Encontrándose en sí mismo encerrado en él toda su raza.

Los griegos, como dice Psichari, no tienen necesidad de esperar su Dante: ¿no lo tienen ellos en sus cantos populares? Añadiría que los escritos del mismo Psichari; tanto en el dominio lingüístico como en el puramente literario (desde el *Taxidi* hasta el *Sneho* de *Yanniri* y el drama reciente de *Kyronis*) han echado en prosa los jalones del renacimiento. No se encuentra sólo á pesar el ardor de la resistencia, y pueden citarse á su lado los nombres de cuentistas como Argyris, Ephtaliotis, Vlahoyannis, Nirvadas, Pappadiamandis, Bohetti, sin citar los poetas, que son numerosos, al lado de los maestros Palamas, Vasilikos, Lambrós, Pórfyros, Malakasos, etc., y á pesar de las restricciones introducidas por algunos en el empleo exclusivo de la lengua vulgar.

Respecto del teatro representable ó no, y más bien no representable, el *Gmanakos* de Psichari, *Prisngeni* de Palamas, fueron adelantados por los múltiples ensayos dramáticos de Juan Cambysis; á quien la muerte acaba de arrebatár prematuramente, y que fue uno de los más fervientes adeptos del germanismo en Grecia. En cuanto á periódicos debe haberse un lugar al satírico *Rómios* de G. Souris.

Pero á despecho de tales esfuerzos, ¡qué atrasada permanece esa Grecia infantil, enla-

zada á concepciones extrañas, donde la vanidad se obstina en querer resucitar cadáveres, en erguirlos!

¿Cómo explicar las últimas revueltas de Atenas suscitadas por la traducción fulgar de los evangelios? Apenas comprendemos semejante estado de ánimo en un pueblo inteligente, entre todos, pero incapaz hasta entonces de separar la idea de religión de la de lengua ó de patria. En verdad, Mr. Bergeret, podría ir á hacer á los alrededores de Atenas una amplia cosecha de ironías.

¡Qué tesoro, sin embargo el de esta lengua popular de finas sonoridades y que no han venido aún á desecarla ninguna clase de filosofías! Rebelde á las abstracciones neolatinas, aparece como un rayo de sol que ilumina las cosas, y ninguna tiene más ligereza para el diálogo del que los griegos han conservado el sentido innato. Lo que fuera natural á los antiguos Helenes, mora en sus descendientes sin restricción. Aman la imagen y se abstienen de subfijos de generalidad; prefieren proceder por yuxtaposición de términos concretos, de una sugestión más viva. De aquí la imposibilidad de verdaderas traducciones; las palabras no quieren despegarse de una lengua para otra.

Tienen su cielo y su horizonte particulares que no los evocan sus correspondientes extranjeros. Desde el punto de vista sintáxico no son menores las divergencias: el griego moderno, fiel al antiguo régimen, continúa expresando por el verbo y el adjetivo lo que nosotros expresamos por relaciones de sustantivos. *Similis cogitanti*, quiere decir *en la actitud de la mediación*, para servirme aquí de un ejemplo que he tomado en el prefacio del *Kyronlis*.

De aquí el sabor incomparablemente poético y la frescura de color de esta lengua que los *puristas* desnaturalizan dos veces, imponiéndole una fonética atrasada, una gramática sin bases históricas y una sintaxis de imitación francesa.

El desbarajuste gramatical es lamentable. Cada uno acaba por tener su ortografía particular, su gramática especial, sus palabras y su sintaxis. Esto no es un *diglotismo*, es un *poliglotismo*. Puede que no fuera inútil examinar más en detalle el fenómeno respecto de la misma Francia; pero sería preciso todo un libro.

¡Y las formas vulgares se remontan ya al siglo III! ¡Cómo soñar en destruirlas! El mismo Corai, dígase lo que se diga, no cometió ningún error de tal género. Simplemente quiso corregir, ensanchar, conducir por el sendero del helenismo, todo lo que á su juicio había sufrido la influencia de la servidumbre. No pretendía *deromaizar* sino *demahometizar*.

Fonéticamente, desde luego, la lengua depurada no conseguiría lograr la resurrección del antiguo griego, puesto que los sonidos fundamentales, sin hablar del iotacismo, han cambiado, y los *sonoros continuos*, por ejemplo, han reemplazado en todas partes á los *momentáneos* del mismo género. Así el sonido *b* se ha convertido en *v*, el sonido *g* duro se ha convertido á *h é y*, el *d* en *th* inglés suave. Lo que no ha variado es la relación de los sonidos entre sí que permanecen sometidos á las mismas leyes seculares.

Jamás los griegos han podido soportar la *un* ante una semivocal; jamás han modificado tampoco las reglas de su acentuación. Y he aquí que desde hace mucho tiempo la desaparición de la cantidad ha determinado la asimilación de los sustantivos de la tercera declinación á las formas de la primera.

En cuanto á los vocablos extranjeros, no tienen el derecho de ciudadanía sin la condición de vestirse á la griega; los de origen latino, especialmente, son antiguos en la lengua y forman parte del vocabulario diario.

Los idiomas no se inventan, ni siquiera se rehacen. Se les escucha murmurar y cantar primero en los labios del pueblo y, como ha dicho Solomós en su admirable diálogo no

terminado, reproducido por Huberto Pernot en su *Krestomatia griega moderna*: «Sométe-te por de pronto á las reglas de la lengua del pueblo; después, si eres capaz de ello, dirígela».

La lengua y la cultura griega serán, pues, *romáicas* ó no serán, es decir, que deberán evolucionar no al capricho de teorías extranjeras ó individuales, sino de conformidad con el desenvolvimiento histórico que presidió á su manifestación.

De otro modo la Grecia intelectual hubiera cesado definitivamente de interesar al mundo.

Pero la *voluntad* de crecimiento debe reaccionar en ella sobre los falsos principios. Vivirá.

Philéas Lebesgne.

CRÓNICA CIENTÍFICA

A propósito de «milagros».—Las habas de San Madi.—Los baños de Luz.—Origen biliar de la melancolía.—Nuevo líquido excitador para las pilas eléctricas.

Letmos hace algunos años en *The Lancet* un notable artículo sobre las supuestas curas milagrosas de Lourdes y de su causa probable, la sugestión, en el que su autor, un distinguido médico neo-zelandés, citaba el caso de una señora tratada por él, que desde hacía algunos años se hallaba incapacitada de andar á consecuencia de violentos reumatismos en las piernas.

Del examen resultó que, entre otros síntomas, tenía algo hinchadas las rodillas, sitio de los dolores, lo que no dejaba duda sobre la realidad de la enfermedad. Sin embargo, sospechando si sería un caso de autosugestión, resolvió hacer la prueba, y al efecto, recurriendo á toda su fuerza de voluntad, dijo á la enferma: «Señora, usted ha sufrido mucho; pero ahora está usted curada; ya ha desaparecido el dolor de las rodillas. ¡Arriba! Levántese usted y ande, que ya puede hacerlo.» La señora se levantó, y sintiendo con asombro desaparecido el dolor, vió que podía andar libremente.

Se trataba de una señora bien conocida en Auckland (Nueva Zelanda), y el médico era bien conocido en su país y en Inglaterra, lo que prueba la autenticidad del caso.

El artículo citado terminaba indicando que aquella cura podía pasar por milagrosa, lo mismo que las ocurridas en Lourdes en la proporción de 1 ó 2 por 100 de los enfermos que allá se presentan, con la diferencia que en su caso se trataba de sugestión interna, mientras que los cándidos que piden el milagro se curan á sí mismos, por sugestión interna ó autosugestión.

Ha suscitado en mí este recuerdo el caso de la señora Todd, ocurrido en el Oeste de Inglaterra.

Esa señora sufría una parálisis de tres años, y habiendo leído algo de curas por la fe reconcentró un día su voluntad en el deseo de ir al comedor á comer en familia. Llegada la hora *deseó* vehementemente, y llegándose á sentir en posesión de su energía, se levantó de su sillón y con paso firme y seguro se presentó en el comedor con la sorpresa consiguiente de los suyos, y desde entonces quedó curada.

Desco y fe, aunque ideas algo diferentes, tienen semejanza en el fondo. Las pobres mujeres que acuden á la gruta famosa, ya que el 90 por 100 de los concurrentes son mu-

jeros, comienzan por creer en la posibilidad de su curación; después tienen la certidumbre y por último la desean, no ya sólo por el alivio de sus males, sino por la vanidad de ser consideradas como predilectas del ídolo milagroso, y ya en este estado, la sugestión sigue su curso hasta el límite de lo posible, del cual no pasa.

Podría creerse en los milagros de Lourdes, si un hombre, con un brazo ó una pierna amputados algunos años antes, les creciese el miembro que faltaba, con sólo mojar el muñón en aquella piscina que Zola comparaba á un caldo de cultivo microbiano. Y eso después de las garantías necesarias para evitar que el caso fuese un milagro de prestidigitación.

Si se diera un caso así, sería capaz de creer hasta en las habas de San Matí, un cristiano labrador de Horta, suburbio de Barcelona, quien según los *goigs* (gozos) que se cantan en loor del santo, para acreditar cierta superchería piadosa, sembró habas por la mañana y recogió la cosecha por la tarde del mismo día.



Según el *Monitor de Hygiene Publique*, los baños de luz, tan generalizados en Alemania, son de gran eficacia terapéutica. Las estaciones de Rükli, Dresde, Chemnitz y otras muchas son célebres por sus *luftbaden*, especie de patios pequeños en que los enfermos se pasean en cueros expuestos á la luz y al aire durante pocos minutos en invierno para sufrir la acción del frío, análoga á una ducha, y de algunas horas en verano, que es cuando la luz solar tiene toda su eficacia terapéutica.

Como consecuencia, las fuerzas se recobran rápidamente, el tórax se dilata, el apetito se desarrolla, la piel se pigmenta y aumenta el peso del cuerpo.

Esos baños de aire se usaban mucho en tiempo de los romanos, quienes exponían los enfermos al sol, unas veces desnudos y untados de aceite, otras vestidos y acostados en colchones. En las casas solía haber un sitio especial ó *solarium* destinado á los baños de luz, que correspondía á nuestros balcones y estaban provistos de un enrejado para impedir las caídas.

Celso y Herodoto recomendaban los baños de sol á los sujetos débiles, obesos y á los hidrópicos.

El sol, decía Antyllus, provoca el sudor, fortifica los músculos, disipa la grasa y disminuye los tumores blandos.



En el *Bulletin de la Societé Médicale des hôpitaux* encontramos interesantes detalles sobre las investigaciones de los Sres. Gillart, Lereboullet y Colollian, concernientes á las causas de la melancolía. Después de haber examinado gran número de casos de melancolía, han podido convencerse de que casi siempre, si no siempre en absoluto, la melancolía es de origen biliar. Una investigación etiológica, cuando es posible, puede revelar, tanto en el enfermo como en sus ascendientes, la existencia de antecedentes biliares (ictericia, pasajera ó permanente, cólicos hepáticos, signos reveladores de la colemia, dispepsia, reumatismo, etc.) y de antecedentes nerviosos, tendencias á la tristeza ó á la hipocondría, neurastenia y á veces hasta la melancolía.

Esta investigación permite frecuentemente establecer un lazo entre la neurastenia y la melancolía confirmada. El examen clínico muestra, al mismo tiempo que los síntomas de la melancolía (melancolía hipocondríaca, melancolía ansiosa, melancolía estúpida, melancolía interesante, etc.), síntomas numerosos debidos á la colemia familiar, algunos de los cuales habían llamado la atención de los observadores. La faz es frecuentemente

pálida, mate ó amarilla; las pigmentaciones son frecuentes; los fenómenos dispépsicos y el estreñimiento son habituales; en muchos casos los enfermos tienen hemorroides; no es rara la braquicardia; la orina suele ser urobilínica y á veces clorúrica, y hasta suele haber una ligera diabetes. Examinando después los órganos abdominales, suelen hallarse modificaciones objetivas del hígado y del bazo, y si se examina el estado del suero se halla rico en pigmentos biliares.

La evolución de la melancolía es variable; unas veces curable, otras rápidamente mortal. En un caso de melancolía ansiosa observado por Gilber y sus colegas, el enfermo murió de coma hepático en el coma hipotérmico, con lesiones histológicas muy pronunciadas de las vías biliares y del parénquima hepático.

Parece, pues, establecido el origen biliar de la melancolía, y como la neurastenia biliar, á la cual se refiere por una serie de transiciones, la melancolía debe combatirse por un tratamiento dirigido en primer lugar contra la afección biliar causante; después, contra el estado mental.

* * *

La *Revue Scientifique* da noticia de un nuevo líquido excitador para pila eléctrica, experimentado por M. Büssen, químico en Hannover-Linden. Este líquido, mucho más poderoso que todos los usados hasta el día, consiste en una mezcla de calcidio (oxiclórico de calcio) y de sal amoníaco.

El calcidio es un líquido acuoso muy constante que no se seca ni se cristaliza en verano ni se congela en invierno, porque conserva su fluidez hasta 30 grados bajo cero.

Los experimentos han dado los resultados siguientes: evaporación de las más mínimas con la pila colocada cerca de una estufa; el líquido, muy buen conductor, lo que da á la pila una debilísima resistencia interna, escasa polarización, de modo que este circuito puede permanecer cerrado mucho tiempo sin degradación de su pila.

Los experimentos se han hecho: 1.º, con calcidio puro conteniendo en disolución sal amoníaco; 2.º, con calcidio extendido previamente en dos partes de agua. Estos dos procedimientos han dado cada uno resultados igualmente buenos.

Es de esperar que se hagan experimentos ulteriores en este sentido; también podrán hacerse con las pilas secas.

Conviene observar aún que el calcidio es muy barato y que se emplea mucho de algunos años á esta parte.

Jarrida del Mármol.

VALOR SOCIAL DE LEYES Y AUTORIDADES

(CONTINUACIÓN)

5. **El anarquismo.**—Sin embargo, en nuestros días es cuando ha adquirido una gravedad y un interés, antes no conocidos, gracias á la aparición del anarquismo. El cual, haciendo hincapié en una idea ya antes cara á muchos románticos, esto es, en la bondad nativa de los hombres y en sus naturales inclinaciones al bien, viene preconizando la supresión de todo artificio oficial que se llama Estado, como rémora para el progreso y como obstáculo para el desarrollo de una vida social espontánea, tranquila, ordenada, propiamente humana, producto de la cooperación abnegada de los individuos, y de la

cual se halle proscrita la coacción violenta, que es requisito *sine qua non* de la existencia de leyes, gobierno y autoridades.

Dejando aparte ciertos pensadores aislados, tales como aquellos de que hablábamos poco hace (§ 4), el sistema filosófico-político de tonos más radicales, el menos afecto al Estado y á la llamada acción tutelar del mismo, ha sido el individualismo; aquel individualismo sentimental, producto en gran parte de la teoría del contrato, donde el Estado era una creación arbitraria de los individuos, sin finalidad en sí mismo, mero servidor de éstos. Los individualistas han proclamado en todos los tonos la doctrina del *laissez faire* y de la abstención del Estado, que es tanto como proclamar el imperio de la libertad discrecional de cada hombre; algunos de ellos han llegado á concebir al Estado como un mal, y todos tratan de reducir su intervención en las relaciones entre los asociados al *mínimum* absolutamente indispensable para la coexistencia pacífica. Pero jamás han pedido su total supresión y el dominio completo del *nihilismo administrativo*; aun cuando se han quejado del *exceso de legislación*, no creen que podamos pasarnos del todo sin leyes; con todo y ser el Estado un mal, lo reputan un mal menor ó necesario (1).

La posición del anarquismo no es ésta. Dogma suyo es el de la negación radical, completa y absoluta del Estado, con todo lo que esa negación lleva consigo: abolición de las leyes, de las autoridades, de los tribunales, de toda forma de coacción externa. Antes bien, podría decirse que ningún otro dogma es tan esencial al anarquismo como éste. Y hallándose muy generalizada en el día de hoy la doctrina anarquista (2), hasta el punto de haber llegado á constituir una preocupación seria de los hombres de pensamiento, lo mismo que de los de gobierno, no deja de ser interesante y atractivo, aun desde el punto de vista de su actualidad, el examen de sus capitales afirmaciones.

Este examen va á ser objeto de los capítulos siguientes:

CAPITULO PRIMERO

DIVERSOS MODOS DE CONSIDERAR EL PROBLEMA

6. **Una visión de la imposibilidad de la vida bajo formas diferentes de las actuales.**—Es segurísimo que, de cada cien personas á quienes preguntáramos si juzgaban necesaria la existencia de las leyes, las autoridades y la coacción para la vida social, noventa y cinco, cuando ménos, habrían de considerar ociosa y extraña la pregunta. Acostumbradas á verse de continuo cogidas en una red de vínculos legales, y á respirar desde el primer momento de su venida al mundo en un ambiente autoritario y coactivo, les parece tan imposible la vida social fuera de las presentes condiciones, como les parecería la vida física si les faltaran la luz y el calor solares. *Homines non requirunt rationes earum rerum quas semper vident*, y, cuando no hemos asistido al origen de una institución, ni conocemos su génesis, propendemos á sobrestimar su valor, considerándola como indefectible y *perdurable*.

Sin duda alguna, los que se colocan en el punto de vista á que acabamos de hacer referencia llevan parte de razón; mas no la tienen sino en parte. La tienen, en cuanto la vida actual, con todas sus particularidades, resultado de la combinación de cuantos elementos forman la atmósfera en que nos movemos hoy en día, dejaría de ser lo que ahora es, si bien tales elementos vinieran á cambiar. Pero no la tienen, en cuanto la altera-

(1) *The Ethics of Democracy*, de Spenser, P. Liberty Bellows, etc.

(2) «Que es una doctrina, exacta ó inexacta, acertada ó errada, tan respetable como cualquiera otra, y que tiene tanto que ver con los necios y brutales crimenes que en su nombre cometes unos cuantos desdichados, como otras doctrinas políticas, religiosas, etc.» *Idem*, loc. cit., págs. 89-90.

ción, si hacía desaparecer los factores que al presente conocemos, vendría á colocar en el puesto de los mismos otros factores, cuyo conjunto determinaría otra forma *nueva* de la vida. Sin la luz y el calor solares, sin las demás fuerzas que, junto con éstas, constituyen el ambiente cósmico, en medio del cual viven los innumerables seres que *á la hora presente* pueblan el globo terráqueo, la mayoría, si no la totalidad de estos seres, habría de desaparecer, á lo menos tal y como hoy existen. «Por ejemplo, el eje de la tierra en lugar de tener una inclinación de 23° aproximadamente sobre el plano de la órbita terrestre, habría podido formar con este plano un ángulo mayor ó menor que el que forma. Pero el menor cambio de esta especie hubiera hecho imposible la existencia de una humanidad, de una fauna y una flora iguales á las que ha producido la tierra» (1). Sin embargo, el ambiente cósmico que nuevamente se creara, produciría su humanidad, su flora y su fauna.

Es más: la vida toda no consiste en otra cosa que en un incesante cambiar de tales fuerzas y condiciones, en una substitución, más ó menos rápida y continua, de un ambiente por otro ambiente y, como consecuencia, de un orden ó serie de productos por otra serie distinta (2). El mismo individuo—si es que puede decirse que, en realidad, el individuo exista (3)—no es idéntico á sí propio en dos instantes de su vida, por cercanos que estén; cada nueva situación de las cosas (cada nuevo ambiente) determina en él y provoca impresiones distintas y, por lo mismo, distintos juicios. A cada momento, su individualidades *otra* de la que era en el momento anterior, sin que pueda decirse si mejor ó peor en absoluto que ella, sino sólo mejor ó peor relativamente á un punto de vista determinado (4).

(1) F. Schrader, *La facteur planétaire dans l'évolution humaine*. Comunicación presentada á la *Société de Sociologie*, de París en la sesión de 12 de Febrero de 1902, y publicada en la «Revue internationale de Sociologie», número de Marzo del mismo año, tomo X., pág. 208. Todo el trabajo ofrece gran interés como explicación y desarrollo del punto de vista del texto.

(2) Nuestra gran ignorancia, ó cuando mucho, nuestro imperfectísimo conocimiento de las energías que actúan en la vida universal y de la eficiencia relativa de cada una de ellas, y de todas juntas, nos obliga á juzgar como espontáneos y autónomos ciertos seres y ciertos actos, tan necesitados, probablemente, como los demás. Y digo «probablemente», porque este punto de vista no pasa de ser—lo mismo que el opuesto—una hipótesis; aunque, á mi juicio, con numerosos hechos que le sirven de apoyo. Sin que hoy sea posible dar una demostración concluyente y por completo satisfactoria de tal aserto—como tampoco es posible darla de otras interpretaciones semejantes del mundo, v. gr., de la teleológica, que lo hace depender todo de un plan trazado de antemano en la mente infinita—, cabe afirmar, por vía de inducción no poco fundada, que en el universo no hay con alguna sustraida á la ley de la causalidad natural, sino que, por el contrario, todas ellas están determinadas, como resultante que son de acciones é impulsiones extrañas. Desde el movimiento de los astros y la germinación de una planta, hasta el acto humano en apariencia más voluntarioso, todo cae bajo la concepción aludida. Donde se juzga ser tales el encadenamiento y la solidaridad entre los seres y fenómenos todos de la naturaleza, que cada uno de ellos no es más que un producto de los otros, y sus cambios (su hacer) se verifican, no por propio impulso, sino por coerción ajena. El conjunto de todos los seres y su acción y reacción recíprocas forman el ambiente en que cada uno de ellos se mueve y que es el determinante de sus cambios. A cada modificación en dicho ambiente corresponde, sin remedio, una modificación en el ser. De esta manera puede decirse que cada uno vive la vida de los otros, y los otros la suya; que es un efecto necesario de todos, y al propio tiempo causa no menos necesaria, concurrente con otras infinitas, á producir á los demás; que está incesantemente siendo engendrado y engendrando, que nunca cesa ni busca concluir; que lo único fijo en él es su inestabilidad...

(3) Si lo apuntado en la nota anterior fuera exacto, bien podríamos decir que la individualidad (toda individualidad) se borra y se disuelve en el océano inmenso de las causas de que es un resultado. En tal caso, lejos de ser la vida, como es uno creer, un efecto del flujo y reflujo entre el individuo y el medio, una adaptación del primero al segundo, tendrá que ser considerada, exclusivamente, como una concreción particular de los elementos que integran éste. No hay entonces, propiamente, vida individual; sólo hay vida del conjunto: el individuo no vive como tal, no vive sino en el conjunto y como parte integrante del mismo. La sentencia: «el individuo es una *fiction mentalis*, igual á la ficción del átomo», sería exacta.

La trascendencia que esta concepción, si es acertada, puede tener para la vida social entera, no es preciso enunciarla, pues basta á la vista aun del más miope: piénsese, v. gr., cuán grandes habrían de ser las transformaciones que ella tendría que introducir en la conducta recíproca de los hombres, en el ejercicio de la cooperación y la solidaridad (confusión entre la beneficencia y la justicia, de que resultaría la justicia ejercida con amor, y, por tanto, la moral de la fraternidad, que hoy apenas si domina en el estrecho círculo de la familia), en las mil formas de la educación, en la imputabilidad de (que se torcería, como la responsabilidad, su consecuencia, en colectiva y difusa), en el arte de gobernar, etc.

(4) Estos conceptos de «bueno», «malo», «mejor», «peor», á los cuales solemos dar con frecuencia un valor absoluto, no

7. **Aplicación al orden social.**—Lo mismo que sucede con el ambiente físico sucede con el social. Este, como aquél, está en un continuo cambio, motivado por el variar incesante de sus condiciones y factores; en el uno y en el otro el individuo se halla constreñido, determinado á obrar, lejos de ser espontáneo, activo y hasta omnipotente, según suele él considerarse; en ambos reputa por las mejores y más perfectas, invariables, indefectibles, las cosas é instituciones que ha encontrado vigentes al venir al mundo, y cree que sin ellas la vida social sería de todo punto imposible. Así le viene la idea de la supresión del Estado y el gobierno, sin los cuales no es capaz de representarse la vida social más que como una lucha constante y feroz entre los hombres. Desconfía de las propensiones é instintos buenos de éstos, de su buena voluntad, de su razón; en suma, de cuanto nos complacemos otras veces en reconocer en ellos de propiamente humano; y se forma del ser «más excelso de la creación» un concepto tan pobre que, á no tener frenos y ligaduras que se lo impidan, se entregará forzosamente en sentir de quien así discurre, á las más brutales manifestaciones del egoísmo, y quedará siendo esclavo de sus solas tendencias sensibles é inferiores (1). Por tal motivo los hombres «civilizados» de las naciones actuales persiguen y castigan como delincuentes á los que tratan de substituir el orden presente, que para ellos es necesario é inconvencible de un modo absoluto, ó sea el conjunto de instituciones que nos rigen (ambiente social), con otro distinto (socialistas, anarquistas, revolucionarios de toda clase).

Colocado el observador (actual) dentro de este ambiente, respirándolo á todas horas y habituada al mismo su vista desde la primera infancia, se figura que las relaciones y fuerzas con las que se halla en constante y más ó menos directo contacto, son relaciones y fuerzas de valor fijo, uniforme, impuestas por la naturaleza (absoluta y eterna) de las cosas; relaciones y fuerzas que responden á los dictados de una razón inflexible y á las prescripciones de una ley natural, igual para todos, independiente de tiempos, lugares, etc.

lo tienen tal verdaderamente, si bien se mira. Todo cuanto existe en el mundo, todo ser, todo acto, son «buenos», «malos», «mejores», «peores», según el punto de vista desde el cual se consideren. El concepto de bondad, lo propio que sus afines, ó quizá fuera más acertado decir equivalentes, de utilidad y de justicia, supone una adecuación de medios á fines (el fin y el bien son muchas veces idénticos); y el fin es siempre un término que dice relación al sujeto que se lo propone y lo busca (así en todo caso un *finis operantis*, según suelen llamarlo los escritores escolásticos), al cual lo busca y se lo propone, indefectiblemente, tal y como él se lo representa, esto es, desde su punto de vista que suele ser, la mayoría de las veces, distinto del punto de vista de los demás. Y por eso lo más excelente y beneficioso para unos, á menudo es malísimo para otros; lo «mejor», en ciertas circunstancias, es lo peor en circunstancias diversas. Lo que sucede es que el observador, colocado siempre en el punto de vista de su particular interés (que puede, no obstante, ser muy elevado y altruista), ó de lo que como tal reputa, y, por consiguiente, en un punto de vista relativo (á él), lo convierte fácilmente en absoluto, y origina en lo «mejor», en lo «más perfecto», indeclinable y perpetuamente, lo que sólo es más perfecto y mejor para él, en las presentes circunstancias.

El lector que se interesa por el asunto puede ver estas afirmaciones más desarrolladas en mis libros *Bases para un nuevo derecho penal*, que forma el tomo XXIII de esta serie de «Manuales-Solera», capítulo primero, *Los delitos y El derecho y sus sacerdotales*, perteneciente á la «Biblioteca moderna de ciencias sociales», que publica el editor D. Antonio López, de Barcelona, sobre todo, el capítulo tercero de la primera parte, *El derecho racional y el histórico*.

(1) No debe decirse tendencias «animales», porque entre éstos desempeña un papel importantísimo la simpatía y el amor; fruto de los cuales son el auxilio recíproco y la cooperación, no impuesta, sino voluntaria, de que hallamos tantas descripciones y ejemplos en las obras de los naturalistas y en los relatos de muchos escritores que no son naturalistas, *vr. gr.*, en los autores de fábulas.—Si los hombres fueran tal y como se los imaginan los que adoptan el punto de vista aludido en el texto, claro está que resultarían, á lo menos por este lado, inferiores á los animales, y que los animales tendrían alguna razón para lamentarse—como muchas veces se ha dicho, las más de ellas irónicamente—de que se les comparase con los hombres.

En esto se funda Leopardi para oponerse á la opinión común, según la cual el hombre es por naturaleza el más sociable de todos los seres vivientes, y para asegurar, por el contrario, que es el más antisocial. En uso de sus notables *Pensieri*, bastante largo, donde compara las sociedades animales con las de los hombres y estudia desde diferentes aspectos la conducta que suelen observar los unos y los otros, afirma repetidamente la superioridad de los animales, cuyas asociaciones «han sido siempre, desde un principio, y lo continúan siendo, perfectas en su género, aun cuando entre ellos no haya habido y no haya legisladores, ni filósofos, ni experiencias de otras formas de sociedad». (Ob. cit., t. VI, págs. 164 y sigs.)

Entre esas fuerzas y relaciones ocupan un lugar muy preeminente las autoridades y las leyes, las cuales, por lo mismo, son consideradas por la gran mayoría de las gentes como elementos esenciales de la sociedad, bases incommovibles de la misma, condiciones *sine qua non* de la coexistencia: como instituciones, en suma, de derecho natural (entendiendo el derecho natural al modo corriente, como un orden superior y extrarreal de justicia, al que debe conformarse, lo mismo que á un modelo, la realidad).

Naturalmente, para quienes aprecian de tal suerte la autoridad y la ley, éstas no pueden ser transitorias, y mucho menos servir de estorbos al progreso social; antes bien, son un requisito indefectible del mismo, y la función de semejantes instituciones ha de ser fija, inalterable, y en sentir de muchos con un círculo de acción siempre igual, á la manera que sucede con todos los principios y exigencias de razón.

8. **El punto de vista opuesto.**—Pero este criterio no es enteramente unánime. Según se ha visto antes (§§ 3 y 4), no ha faltado nunca, quizá desde que existen leyes y gobierno, quien haya protestado contra los mismos y quien haya puesto en evidencia los males que engendran. Como es un hecho comprobado que «no raras veces (ó, más bien, casi siempre) el poder y el señorío, por su mismo origen é institución, se han ejercido en daño de los sometidos y en beneficio exclusivo de los señores», y que «todos ó la mayor parte de los principados pasados y presentes han provenido de la fuerza y de la astucia, y todos los tronos de Europa pueden hacerse derivar de semejantes raíces» (1), no pocos pensadores y publicistas, mirando el asunto por este único aspecto, han generalizado determinados hechos singulares (que, por ser muchos, no pierden su carácter de singularidad), y convertido en norma irrefragable, de constante aplicación, fundada en la misma naturaleza de las cosas, la de considerar que el Estado, el poder, las leyes, son siempre instrumentos de opresión, armas usadas por los poderosos para tener sujetos á los vencidos. «Es una cosa perfectamente segura que *todo el mundo* es patrimonio de la fuerza (ora física, esto es, vigor, ora moral, ó sea ingenio, habilidad, etc., etc., que es lo mismo), y que está hecho para los más fuertes; de donde se sigue que, inevitablemente, en toda sociedad, désele la forma que se le dé, los individuos más débiles han sido, son y serán la presa, las víctimas, la herencia de los más fuertes. Y tan imposible como reunir en una misma república, sometidos á buenas leyes, los halcones y los pajarillos, es reunir á los hombres en sociedad bajo una forma cualquiera de legislación.» Así se expresa Leopardi (2), y su manera de ver el asunto está bastante extendida en el día de hoy.

Por otra parte, muchos de los que aspiran á un orden social distinto del presente y se tienen formado un tipo ideal de vida superior á él, en que no existan las desigualdades, las violencias y las injusticias que hoy existen, originadas y mantenidas por las leyes y los órganos del poder público; en el que la paz, la justicia y el bienestar colectivos deriven del nuevo estado de cosas, engendrado por el amor recíproco de los hombres, por la simpatía de unos hacia otros, por la cooperación espontánea, enemiga de la lucha y la prepotencia, hoy dominantes... propenden á mirar á las autoridades y á las leyes como obstáculos de gran monta para la consecución de sus deseos; obstáculos que, por lo mismo, hay que suprimir *desde luego*.

9. **Observación crítica.**—Algo de certero debe de haber en ambos puntos de vista. No hay sino observar, en efecto, por un lado, que las leyes civiles, las mercantiles, las políticas, las administrativas, reconocen y aseguran á los individuos, si es que no puede

(1) Leopardi, loc. cit.

(2) Loc. cit.

decirse propiamente que les conceden el goce y ejercicio de un sinnúmero de derechos y facultades, que de otra suerte pudieran serles, y á menudo les serían negados, y para cuya conservación y respeto sería preciso acudir al empleo de la fuerza, cuando de ella dispusiesen; y que las leyes penales han tenido á menudo por objeto servir de freno á los perturbadores de la paz social y á los inclinados á cometer actos dañosos á los particulares ó á la colectividad. Mas adviértase, por otro lado, que siendo toda ley una traba, de tal manera las leyes entorpecen en muchísimas ocasiones y ahogan la libertad de movimientos de los que se proponen hacer el bien, que acaso valiera más que no existiesen. ¿No es por eso por lo que tanto han censurado—no siempre sin razón—los individualistas de todo género (y no sólo los del orden económico y algunos sociólogos, como Spencer), el *prurito legislativo* del siglo xx, y por lo que han hecho esfuerzos considerables para librar á los pueblos modernos de la futura esclavitud, á que nos lleva el afán de ponerlo todo en la ley y de convertir á los poderes públicos en tutores de los individuos en cuantos pasos den éstos ó pretendan dar? Y ¿no han preconizado esos mismos individualistas, como antídoto contra los males que de aquí derivan, precisamente la necesidad de dejar libre juego á la actividad *ex lege* del hombre, á la *iniciativa individual*? (1).

Sin embargo, á mi juicio, las dos encontradas maneras de considerar el problema del que se trata padecen el mismo defecto, que es el de ser demasiado idealistas, ó, mejor dicho, demasiado abstractas. La falta de sentido histórico y realista, que ha sido tan frecuente en las apreciaciones y razonamientos de los escritores de los últimos siglos, se echa de ver aquí inmediatamente.

Por lo regular, los partidarios de la autoridad y de la ley (igual que sucede á todos los conservadores de cortos alcances, *laudatores temporis acti*), bien por encontrarse muy á gusto con lo existente, ó sea con el conjunto de instituciones que tantos beneficios les reporta, á juicio suyo; ó bien, por efecto de aquel horror misonista á lo desconocido, que ha sido siempre un estorbo para las innovaciones (aunque al propio tiempo, claro es, ha desempeñado una función útil), hacen del orden, en medio del cual viven, una como encarnación del supremo ideal de racionalidad y de justicia, especie de *sancta sanctorum*, intangible, sagrado, óptimo; olvidan que ese orden, por ellos llamado inmutable, ha tenido su origen, ha sufrido mil transformaciones, y es de esperar que experimente otras en lo sucesivo, como todo lo humano; y desconocen que antes que lo existente consiguiera implantarse y predominar, era combatido por revolucionario y disolvente, en nombre también de los eternos principios de justicia, por los á la sazón defensores de otro orden que ellos consideraban imperecedero, y que hubo de ceder el puesto al actual.

(1) Bueno será señalar aquí un fenómeno bastante curioso. El apogeo del movimiento individualista lo marca la revolución francesa. De entonces es de cuando data la afirmación explícita de la personalidad individual, con propio valor como tal («derechos del hombre»). Pues bien: desde esos momentos, precisamente, es desde cuando mayor uso se ha hecho del instrumento legislativo; aunque bueno será recordar que también en el antiguo régimen se abusó bastante del mismo: ya Tocqueville mostró que la centralización y reglamentación llegaban entonces á todas partes y á todos los asuntos; además, no tenemos sino pensar en los gremios, en las leyes suntuarias, tasas, etc. Con todo, es innegable que el poderoso y absorbente movimiento codificador moderno arranca de la época revolucionaria. Apenas se ha dejado una esfera sin reglamentar, hasta en sus minuciosos pormenores, por los poderes públicos. Quizá el único orden descuidado haya sido el de los intereses económicos—y con ellos los demás—de los proletarios; á lo que ya se va poniendo remedio con la abundante legislación social y obrera contemporánea. Ahora bien—y aquí está la curiosa contradicción á que deseo referirme—: la balumba enorme de leyes publicadas doquiera á partir de 1789 ha tenido por objeto principal, y hasta pudiera decirse casi único, proteger al individuo, darle garantías contra los abusos posibles del poder y de sus diferentes órganos, asegurarle un círculo de acción dentro del cual pudiera moverse libremente y sin temor á caer en el enojo del Estado; piénsese, si no, en el significado de las constituciones políticas y de los derechos ó garantías por ellas reconocidos y garantidos á los individuos, en el de lo contencioso administrativo, en el del *Rechtsstaat* ó Estado de derecho, en el del principio penal *nullum crimen, nulla poena sine lege*, y de los fines que el mismo perseguía y persigue, etc.

En cambio, los otros, los adversarios de la autoridad, de la ley, del Estado, viendo tan sólo las desventajas que estas instituciones llevan consigo, mas no sus beneficios, y descontentos de la presente organización social, pretenden (muchos de ellos cuando menos) arrancarla de raíz, aniquilarla, para dejar el puesto libre á una organización nueva, que se originará de súbito, y en la que los hombres todos serán esclavos de su deber, no por efecto de constreñimiento exterior, por imposición coactiva de la ley y de los poderes, sino por puro espontáneo impulso de amor al prójimo, ú obedeciendo á consideraciones de un utilitarismo del más alto vuelo, y como resultado natural del libre juego, por nada ni por nadie estorbado, de las actividades individuales. Piensan éstos que el mundo puede transformarse en un día, á medida del deseo, moldeándolo conforme á un ideal; y no advierten que todo cambio, aun los de menor entidad, pero sobre todo los cambios radicales y colectivos, han de ser, forzosamente, obra de largo tiempo, porque los elementos reales que sirven de sostén á las instituciones que van á ser derrocadas, pugnan siempre por conservarse, y en vez de dejar el campo libre de buen grado para que otros lo ocupen, se resisten cuanto pueden: primero, cada uno de por sí; luego, cuando el peligro crece, formando todos apretado haz y apoyándose y defendiéndose mutuamente. De aquí que las alteraciones que traen consigo las revoluciones no preparadas por lenta y persistente labor sean alteraciones efímeras, no viables, y que provocan inmediatamente una reacción, tanto más violenta, cuanto más insensato haya sido el modo de proceder de tales revoluciones. El viento impetuoso de éstas no hace más que agitar el ramaje de los «intereses creados»; pero como el árbol sigue en pie, con mayor vigor cuanto más corpulento sea y más extensas y hondas tenga las raíces, no bien ha pasado la ráfaga, recobra su normalidad y brota y florece de nuevo con la misma espléndidez que antes.

10. **El estudio histórico del problema.**—Quizá ninguna de las dos tendencias á que nos venimos refiriendo fuese tan extremada, si los respectivos defensores de ellas hubieran considerado la cuestión más objetivamente que lo hacen; quiero decir, si hubiesen podido desprenderse de sus actuales relaciones personales con la autoridad y con la ley, para considerar el asunto como si nada tuviera que ver con ellos. Tratándose, v. gr., de leyes, con las que se persiga verdaderamente el *bonum commune*, la prosperidad colectiva, y de las cuales no se haga uso como arma para la lucha de clases, probable es que los unos, los «inferiores», aquellos á quienes se les obliga á cumplirlas por la fuerza, no mostrasen gran repugnancia á aceptarlas, y que hasta las estimasen beneficiosas; y que los otros, los que de ordinario resultan en situación privilegiada, gracias á las leyes, tampoco las defendieran con tanto tesón. Convengamos, sin embargo, en que es difícil adoptar una disposición de espíritu tan impersonal é independiente; quizás deba añadirse que no conviene tampoco adoptarla.

Pero hay un procedimiento que se aproxima mucho á ella, y consiste en estudiar el problema de la función social de leyes y autoridades históricamente, en su *devenir*. Tanto una como otra de aquellas opiniones encontradas son, se ha dicho, idealistas: la una, idealista, podemos decir, del presente; la otra, idealista del futuro. Pues bien: ambas podrían echar de ver su deficiencia (1), acudiendo á la historia y á los resultados de los estudios comparativos, singularmente á los de la etnología y la jurisprudencia arqueológica,

(1) Digo «deficiencia», y no «error», porque, como queda advertido antes, las dos direcciones contienen, no toda la verdad, pero sí parte de la verdad; cada una de ellas se fija en un solo aspecto del asunto y descuida el otro, ó, mejor dicho, cada una de ellas sorprende únicamente un momento de un proceso histórico complejo, é idealizando este momento y los factores que lo constituyen, erige en principios absolutos, valaderos en toda época y lugar, lo que es sólo propio de una época y un lugar determinados.

los cuales enseñan que el derecho, el Estado, la ley, las autoridades, tal como hoy los vemos, son formaciones ya muy adelantadas; pero que lo mismo que toda formación natural, han tenido su origen humildísimo en el tiempo, origen que hay que conocer para explicarse su existencia actual, su misión, su eficacia, sus posibles contingencias futuras. Sólo el estudio genético de las instituciones sociales es el que puede poner al sociólogo en disposición de comprenderlas, como el estudio genético de los individuos naturales es el que sirve al naturalista para darse explicación de los mismos.

Pedro Dorado.

(Continuad.)

EL CASTILLO MALDITO

CUADRO TERCERO

Decoración.

Representa los calabozos cero, uno y dos; el cero, á la izquierda del espectador; el uno al centro, y el dos, á la derecha; en el primero se hallará Más, en el segundo Callís y en el tercero Suñé. Este, tendido con los brazos y las piernas atadas, dando vueltas sin cesar por el suelo y gimiendo continuamente. Produce en Suñé tal estado el tener el cuerpo lleno de cardenales y de llagas, que supuran sangre á consecuencia de la paliza que le han dado los verdugos y de los crueles tormentos que ha sufrido. Si se para, la ropa se le pega en las llagas y le escuecen horribilmente, y para evitar este sufrimiento vese obligado á moverse sin parar. Mas, atados los brazos por detrás y con las esposas puestas, trota dando vueltas por el calabozo; de cuando en cuando aplica la lengua con frenesí en la húmeda pared para apagar la sed que le devora. En el calabozo uno, ó sea en el que está Callís, se hallarán tres verdugos en medio de la estancia rodeando á su víctima. Callís llevará atados pies y brazos; aquéllos descalzos.

ESCENA VII

Suñé, Callís, Más y tres verdugos.

VERDUGO 1.º

¿Declaras ó no declararás?

CALLÍS

(voz débil y carnosa). Cuanto tenía que decir lo he dicho ya.

VERDUGO 1.º

¡Eal Acabemos de una vez. Echadlo al suelo... (los otros dos verdugos obedecen y cuando han logrado echar al suelo á Callís, uno le sujeta la cabeza y el otro las rodillas. Verdugo 1.º se saca unas tenazas del bolsillo y con ellas coge una uña de los pies á Callís). ¿Declaras?, á la una; ¿declaras?, á las dos; ¿declaras?... á las tres (tira de las tenazas; Callís da un grito de dolor). ¡Está casi arrancada; un estirón más y es nustral (tocando con la mano á Callís). ¿En qué piensas? ¿No contestas?

VERDUGO 2.º

(mirando la cara de Callís). Ha perdido el conocimiento.

VERDUGO 1.º

Se lo devolverá el dolor... (y arranca la uña de un tirón, mirándola cogida en las tenazas). Muy fuerte estaba; pero ha seguido al fin con carne y todo; se la enseñaremos aliente para que vea que cumplimos sus órdenes (pausa). Dejadlo, que no se levantará; cuando traigan el casco se lo aplicaremos; ya veréis cómo canta entonces.

ESCENA VIII

Los mismos y los verdugos 4.º, 5.º, 6.º y 7.º (que aparecen en el dos).

VERDUGO 4.º

Ya estamos de vuelta con el instrumento ese, que es de primera.

VERDUGO 2.º

¿Y qué hacemos ahora?

VERDUGO 1.º

Esperar el casco, y cuando lo traigan, volver; se lo enseñaremos (*desaparecen*).

ESCENA IX

Los mismos menos los verdugos

1.º 2.º y 3.º

VERDUGO 4.º

(*A Suñé*). ¿Ves eso? (*le enseña dos medias cañas de un palmo de largo unidas por un extremo, del otro pende una cuerda*.) Se abren las medias cañas, se meten los testículos en medio, con esta cuerda se aprieta fuertemente el otro extremo y... la mar. (*Pausa*). ¿Firmas?

SUÑÉ

¿Qué dice el escrito?

VERDUGO 4.º

Esto á ti no te importa.

SUÑÉ

Leed el papel, y si dice la verdad, firmo.

VERDUGO 4.º

¡Con escrúpulos á estas horas! (*á los verdugos*). Desabrochadle los pantalones y tirádselos para abajo.

(*Los demás verdugos obedecen; Suñé lucha con ellos un momento para evitar que le desaten los pantalones, pero como está tan débil, cede al momento; los verdugos ponen al descubierto los testículos de Suñé*.)

SUÑÉ

¡Sois tan cobardes como miserables! Necesitáis tenerme atado y medio muerto para que cuatro os peleéis conmigo.

VERDUGO 4.º

Estamos hartos de sermones y de improperios; lo que importa es que firmes.

SUÑÉ

Pero si aún no me habéis dicho qué he de firmar.

VERDUGO 4.º

Repito que no te importa.

SUÑÉ

¿Que no me importa?...

VERDUGO 4.º

Basta de razones... (*aplica las dos medias cañas á los testículos de Suñé y las une por el extremo que están sueltas por medio de la cuerda*).

SUÑÉ

(*gritos dolorosos*). ¡Ay ¡ay!... asesinos, miserables, verdugos... Madre mía, madre mía de mi alma, que matan á tu hijo.

(*Los verdugos ríen estúpidamente; Suñé gime y forceja para librarse de aquellas fieras*).

VERDUGO 4.º

¡Sí, puedes llamar á tu madre! Buena... pieza debía ser. Déjala en paz y firma si quieres ahorrarte otro apretón... Por de pronto tienes la bolsa desgarrada; ahora desato y aprieto en los mismos testículos; eso es gloria comparado con lo que viene (*desata la cuerda; mientras lo hace, verdugo 3.º le alarga el puro que está fumando y le indica, por señas, que se lo aplique á la punta del miembro viril; verdugo 4.º coge el puro con sonrisa infernal y hace lo que el 3.º le ha indicado; los verdugos, entre curiosos y satisfechos por la hazaña que van á realizar, esperan el resultado de su operación*).

SUÑÉ

¡Ay! ¡ay! que me matan; soldados, favor... Madre mía; hijos de mi alma (*intentando incorporarse para ver quién y cómo le ha hecho tanto daño*). (*Más y Callís escuchan aterrizados los gritos de Suñé; hacen gestos y gimen, como si el sufrir de éste fú parte del suyo*).

VERDUGO 4.º

Tienes mucha virtud; has apagado el cigarro con tu carne; pero toma, Mayans, enciéndalo otra vez para aplicárselo de nuevo.

SUÑÉ

¡No, no; ya declararé! Ignoro lo que dice el papel que queréis hacerme firmar; pero yo os diré dónde hay bombas enterradas.

VERDUGO 4.º

(*con alegría pensando en el ascenso*). ¡Bombas!

SUÑÉ

¡Sí, bombas; muchas bombas!

VERDUGO 4.º

¿Dónde están?

SUÑÉ

Ocultas. Yo guiaré, pero sacadme eso de los testículos, que sufro horriblemente... me ahogo... qué angustia.

VERDUGO 4.º

¡Pero si no tienes nada en los testículos, hombre!

SUÑÉ

¡Sí, fuego y plomo derretido!

VERDUGO 4.º

Dos cañitas únicamente.

SUÑÉ

Sacádmelas... Yo os diré dónde hay muchas bombas.

VERDUGO 4.º

¿Quién las ocultó?

SUÑÉ

¡Yo, sí, yo las oculté; todo lo sabréis!

VERDUGO 4.º

Bueno, pues con esta condición te sacamos eso, y no olvides que queda en mi poder por si nos engañas (le saca las cañas de los testículos; los verdugos se levantan). Desatadle los pies y ponédle bien los pantalones (á Suñé). Juras declarar eso de las bombas al señor teniente ó á mí?

SUÑÉ

A cualquiera; dejadme solo un momento. (A una indicación del verdugo 4.º, se dirigen todos hacia la puerta). ¿Queréis darme un poco de agua?

VERDUGO 4.º

(desde la puerta). Cuando hayas prestado declaración; es fácil que esta misma noche vayamos por las bombas que dices enterradas; si nos has engañado, ¡ay de tí! (se van).

ESCENA IX

Verdugos 1.º, 2.º y 3.º (en el calabozo uno).

VERDUGO 1.º

(con una especie de casco en la mano). Ya estamos aquí otra vez; desagradecido serías si dijeras que no somos diligentes.

CALLÍS

(con voz carnosa y fatigada). ¿Qué queréis de mí?

VERDUGO 2.º

¡Desmemoriado eres!

VERDUGO 1.º

¡Ah, nos quiere tomar el pelo! Levantadlo.

(Los dos verdugos levantan á Callís, y el 1.º le pone el casco. Consiste éste en una combinación de fuelles y planchas de hierro que toma la forma de la cabeza, aunque vacío por dentro; por medio de un tornillo ó manubrio se va empujando ó reduciendo de volumen y mientras eso ocurre, oprime fuertemente los parietales, la nuca y los labios hasta desgarrar la carne; el instrumento tiene además un tubo de unos 5 centímetros, que se coloca en la boca para evitar que el atormentado grite, al mismo tiempo que le dificulta la operación infectándose la sangre, y produciendo la angustia de la asfixia y el vivo dolor del magullamiento de la carne.)

CALLÍS

(Así que le van colocando el casco y moviendo el manubrio produce sonidos roncós, agitando convulsivamente hasta que cae doblando las rodillas, sostenido por dos verdugos que no hacen más que evitar que no dé con su cuerpo en tierra).

VERDUGO 2.º

Me parece haber entendido que prometía declarar.

VERDUGO 1.º

Alabado sea Dios (afloja el tornillo). ¿Quieres declarar? (Callís hace signos afirmativos con la cabeza; Verdugo 1.º le quita el casco.)

CALLÍS

(con voz angustiada y casi ininteligible). Yo soy el autor de la bomba que explotó en Cambios Nuevos (los tres verdugos se echan á reír estrepitosamente.)

VERDUGO 1.º

¡Vaya unos milagros que hace el instru-

mento ese! Antes no sabías nada de la explosión y ahora dices que eres el autor.

CALLÍS

¡Sí, soy el autor!

VERDUGO 1.º

Bueno, pues no lo eres; el autor de la bomba es otro; tú eres su cómplice.

Federico Urales.

Crónicas de Arte y de Sociología.

PARÍS

Muerte de Mauricio Rollinat y de Teodoro Mommsen.—Descartes, por Paul Landormy. Paul Delaplane, éditeur, Paris.—*Peintres de jadis et d'aujourd'hui*, por Teodoro de Wyzewa, Perrin et Compagnie, éditeurs, Paris.—*Le bonheur des hommes*, pieza en un acto, por Roger le Bruo. *Bibliothèque Internationale d'édition*, Paris.—*Neues Leben*, poesías de Karl Henckell. Zurich y Leipzig. Karl Henckell y Compagnie, editores.—*Literatura americana en Paris.*—*Movimiento teatral.*

Literatura de tortura es la de Mauricio Rollinat, que se suicidó últimamente. Su poesía representa el predominio de la sensación sobre la emoción, de la angustia sobre la tristeza, á lo cual indujo Baudelaire. Constituye, además, una híbrida mezcla de paganismo y de cristianismo por el culto sensual de la carne y el fúnebre goce en el sufrimiento. Bien lo da á entender el propio Rollinat:

Les angoisses de l'âme en lutte avec le corps.

A semejanza de los románticos, que fueron víctimas de su exaltación sentimental y de su imaginación irreal, los decadentes recientes han vivido en contradicción y aun en animadversión con el mundo externo, por haberse replegado demasiado en el mundo interior. Opinan que nada sobrepaja, como fin estético, á la producción de sensaciones personales, aunque se caiga en la mayor singularidad. A nadie si no á ellos pudo aplicarse mejor el dicterio de masturbadores mentales. ¿Acaso no se explican así los monstruosos engendros de su imaginación, que cae con tanta frecuencia en la aberración? De ese modo, á mi juicio, nacieron los sentimientos necrófilos de Rollinat. El sensualismo, que emboleña y genera la vida, tárnase por aquel sendero en baja lujuria. ¡La lujuria! ¡He ahí punto sin límites para el tormento! Shakespeare, en portentoso soneto, dijo ya que «nadie sabe evitar el cielo que conduce á los hombres á ese infierno». Muchos latinos pasaron impudicamente por él; los orientales lo idealizan en el *Kama Sutra*, los semitas la embellecen en la Biblia, y ¿qué decir de los franceses? Ninguno de ellos lo rehuye: todos se lanzan, como insensatos, á su vorágine. Condenable es la lujuria cuando extravía al sensualismo por sendas antinaturales. Si sólo representa devoción por la carne, que es santa á la vez que humana, los más grandes llegan á enaltecerla, y el propio Goethe, que quiso siempre ser más noble, no recela en decir:

Frech wohl bin ich geworden; es ist kein Wunder.

¡Me he tornado libertino: no es ningún milagro. Fue bajo el cielo maravilloso de Venecia donde hizo el gran vate esa confesión. Pero Rollinat, como perfecto decadente, no sentía lujuria sólo frente á desnudeces carnales; antes bien, prefería el titileo morbido que provocaba en él la vista de vestidos femeninos, el olor de perfumes enervantes y su propia depravación mental. Por amor á la mentira repudiaba la verdad.

Un parfum chante en moi, comme un air obsédant.

Como todos los corrompidos, tuvo Rollinat anhelos de pureza y ansias de abandonarse, sin conciencia, en la

Mer où vogue un chant mélodieux.

* *

No puede negarse que Mommsen haya sido uno de esos hombres cuyo pensamiento ilumina el de muchos más; investigó, desentrañó y comentó cosas que otros no han tenido tiempo, afición ó aptitud para conocer. Obligado estaba, pues, á prestar ese servicio, pues todos los hombres deben hacer algo para tener derecho á la vida.

En Alemania consideraban á Mommsen como á un gigante de la ciencia por la actividad extraordinaria que desplegó en múltiples materias, bien que éstas se relacionaban entre sí; fué filólogo, jurisconsulto, historiador, epigrafista... y político. Ante la gente corriente le daba fama de gran sabiduría el volumen exagerado de sus libros. Conservó, á despecho de los años, su ardor batallador y su lozanía de espíritu, y ello ha contribuido bastante á hacer su obra inmune al tiempo.

Procuróse buenos instrumentos intelectuales para sus investigaciones históricas, empezando por estudiar monumentos, inscripciones y lenguas. Su erudición sobre el pasado, que juzgaba con criterio progresivo, no era en mengua de su pasión por el presente, sobre el cual, sin embargo, emitía juicios retrógrados; criticó á los antiguos con ideas modernas y á los modernos con ideas antiguas. ¿No es ello paradójico? Su crítica disolvente revolucionó, en historia, los anteriores pareceres y los prejuicios tradicionales, poniendo de manifiesto, por ejemplo, la baja del mundo romano, que el común de los historiadores rodeó hasta aquí de una aureola de superioridad, y era aún más inicuo que el presente.

Mommsen se reveló como un grande artista en su magistral *Historia Romana*, de la que hizo obra palpitante de vida y de realidad. Mucho renombre le dió su descripción de César. Presentó á Cicerón como un abogado vanidoso, mediano y sinvergüenza. A Catón y á Catilina podría reconocérseles en muchos personajes actuales. Como un perspicaz *brasseur d'affaires* se ocupó Mommsen de antiguas finanzas romanas, y emitió ideas propias del Decamerón sobre las Vestales de Roma.

Cuanto al presente, admiraba Mommsen los hombres é instituciones de Inglaterra. Creyó primero en Bismarck, y luego le combatió. Pregonó la lucha del Slesarg-Holstein, las guerras contra Austria, y sobre todo contra Francia, donde anteriormente le habían acogido con aplausos los centros científicos, abriéndole todos los archivos y facilitándole secretarios para sus investigaciones. Dijo que, de triunfar, Francia hubiera introducido el imperio político de las semimundanas; declaró que la literatura francesa era sucia como el agua del Sena, y con gran placer manifestó en 1870 que los franceses pasaban de la chanza á la desesperación. Fué varias veces diputado liberal, es decir, traidor á la libertad, y abogó con verdadera furia por el pangermanismo.

* *

Admirable es la exposición que Paúl de Landormy, profesor de Bar-le-duc, hace de la filosofía de Descartes, cuyo génesis mental y cuyo desarrollo sistemático ha penetrado íntimamente. Mucho fervor merece, por lo demás, el filósofo que dió el mayor impulso al librepensamiento. ¿Quién combatió con más denuedo que Descartes contra las autoridades intelectuales, cuya tiranía es tan peligrosa para el hombre como la de los propios gobiernos? Cuando Descartes proclamó el principio de libre examen, puede decirse que

el hombre dió un gran paso en el camino de su emancipación. ¿Qué mayor triunfo para él que el predominio de su propia razón sobre la general convención? Para llegar á la verdad absoluta creía Descartes (improbo el trabajo, y que debía éste realizarse por el encadenamiento de una serie de verdades relativas. La duda se le antojó como preciosa para depurar errores. No había estrechez mental en quien opinaba, como él, que sujetar la vida á principios, fijos, es ignorar la vida. Para no especular en balde, quiso Descartes proveerse de buenos instrumentos intelectuales. Adoptó el sistema matemático como el más seguro para conocer el mundo material. Ya dice Landormy que todo el esfuerzo de Descartes consistió en unir, en vasto encadenamiento, las verdades matemáticas á las verdades morales, para construir una filosofía cuyo rigor lógico no cediera en nada á su valor práctico. Como filósofo precavido, comenzó por estudiar las leyes del pensamiento. Si no estamos cerciorados de que pueda nuestra mente descubrir ó comprender la verdad, ¿cómo intentarlo?

Tuvo Descartes la gran intuición de ordenar las ideas. Mejor puede conocerse la verdad en el orden que en el desorden. Este sólo contribuye á obscurecerla y retenerla en lo arcano. La verdad se hace en cada espíritu con una síntesis general. Tanto como al siglo XVIII debe Francia su peculiar civilización armónica á Descartes: gracias á él poseen los franceses esa claridad de concepción y esa regularidad en la exposición que tanto envidian los faltos de ella, y que cumplen para el pensamiento lo que una verdadera obra de arte. Descartes señaló el modo de educar y ejercitar el cerebro para conseguir una sólida organización mental, mientras que en otros países la educación cerebral contribuye á la desorganización mental, como en España, donde la abundancia de imágenes corre parejas con la carencia de ideas.



Teodoro de Wyzewa, un eslavo que escribe magistralmente el francés, ha publicado un libro voluminoso con el epígrafe *Pintores de antaño y de hoyañó*. No hay que buscar en él profusión de pensamientos, pues pocos requiere la pintura, cuyo mérito primero consiste en acostúmbarnos á ver la realidad visual y enseñarnos sus bellezas. Sólo encontrareis en ese libro impresiones sentimentales y descripciones literarias de cuadros con abundancia de pormenores y grande erudición. Los eslavos, por lo demás, se distinguen por su falta de filosofía. A lo sumo filosofan como orates, cual Gorki.

Descartando ciertas consideraciones impertinentes sobre el cristianismo tolstoiano, que por fortuna mengua, la obra de Wyzewa es muy interesante y muy instructiva en arte pictórico, por lo cual aquí en Francia, donde la pintura tradicional es inferior á la de España, se profesa acendrado culto y se le estima en lo que vale, ¡como maravilla de los ojos!

Plácemes merece Wyzewa por haber reivindicado en su volumen á los pintores primitivos de Alemania, que tan desconocidos y tan desestimados son aun en su propio país. Los amantes de la belleza formal los miran con desprecio, acusándoles de falta de observación anatómica. Sus defensores replican que con ello realzan la espiritualidad de las facciones. Cierto que dibujaban sumariamente, trazando los contornos de manera sencilla; combinaban con torpeza los colores, y á veces carecían de perspectiva; pero eran maestros en el arte de infundir expresión poética á sus figuras y en traducir de sus personajes el estado interior. Menospreciaban el movimiento violento y creaban personajes rígidos, de formas delgadas, de colores pálidos. Deformaban la realidad. Y como carecían

de orden en la composición, llegaban con frecuencia á un raro contubernio de místico y de grotesco.

La dicha de los hombres es una pieza dramática, en un acto, de Roger de Bruin, quien sobresale más en la pintura de costumbres, como se ve en las primeras escenas, que en la descripción de las pasiones. Presenta el autor á un sacerdote, de humilde origen, el cual amó en su adolescencia á María, joven de familia acomodada, que correspondió á su amor.

Los padres del enamorado, para sustraerle á la esclavitud del trabajo manual, le hicieron seguir en el seminario la carrera de cura. Fué un prurito de ambición de familia pobre, que infligía á uno de sus miembros el yugo moral para librarle de la servidumbre material. Lo chocante es que, á despecho de su gran pasión por María, renunció el joven á ella y se hizo cura. Para justificar el acto, arguye el autor que la familia de María no hubiera concedido la mano de ésta á un hombre de su condición.

La escena empieza al cabo de veinte años; María se casó, tuvo una hija, enviudó, y he aquí que se encuentra súbitamente con el abate Xavier. Gran emoción de una y otra parte. Ambos se aman aún. María ha sido desgraciada con su difunto esposo. Y Xavier, cansado del sacrificio inútil é impulsado por la pasión, ruega á María que se le entregue. Le augura gran felicidad. Ella al pronto parece dejarse seducir; pero los sentimientos religiosos y la educación de su hija se sobreponen á su pasión, haciéndole ver el acto como un sacrilegio abominable. Y huye del abate, al cual deja anonadado con la pérdida de su dicha y el peso de su conciencia intranquila, pues se ha tornado incrédulo y ha de inculcar á los demás la fe en Dios. Este drama envuelve una lección para quienes comercian con la conciencia, realizándolo á costa de su dicha.

Aun cuando de momento no ahonda el autor en lo verdaderamente humano, ofrece muchas cualidades de dramaturgo, y si progresa, como es de esperar, tiene un gran porvenir delante de él.

La poesía hermosea los sentimientos y los pensamientos que, como el agua cristalina de una fuente, surgen con sinceridad del espíritu del hombre: ese es su principal don. No siempre, sin embargo, canta la poesía con embeleso, ya que ninguna situación ni ningún sentimiento son permanentes en la naturaleza humana, en que todo muda y se transforma; pasamos de la alegría á la melancolía y del amor al rencor como si fuésemos un mar en continuo flujo y reflujo. Y esto, tanto para el artista como para el filósofo, da gran precio á la vida y hace esclavos de ella á los demás mortales.

¿Puede la poesía cumplir una acción demoleadora? Indiscutiblemente, y aun mejor que las elucubraciones más revolucionarias. Cuando la poesía rehuye la oratoria, que le es contraria, enardece á la muchedumbre con los sentimientos de indignación y las ideas de revolución que, naciendo espontáneamente en el poeta, se comuncian á ella y la avasallan del todo. Los árabes antiguos tomaron guerrera la poesía para infundir el ardor bélico á las tribus. El poeta, como sincero, pues de lo contrario no es poeta, convence mejor que un orador. Si no fuera así, bastaría poner en verso una proclama revoltosa ó un manual de sociología para hacer poesía revolucionaria.

Henckell, el autor de *Neues Leben* (Vida Nueva), es uno de los poetas más originales que existen hoy en Alemania. Como es verdadero poeta, no ha podido permanecer indiferente ante las tiranías sociales, morales y políticas de su tiempo. Las impugna con

un sarcasmo de los más agresivos y á la vez despreciativos, lanzando denuestos poéticos como bombas de dinamita.

Kein Souveranes Volk, Kein Hohenzoller, Kein Geldtysann Shickt uns in den April dass wir Statt grosser Menschen, echter Weiser, Sie als der Menschheit hochste Helden preisen (1).

Con estrofas de hierro y de acero, que el oído escucha como el golpe de la segur, Henckell ha cantado las revueltas obreras y las angustias contemporáneas. En sus últimos versos, sin embargo, parece que sufre delante de una realidad que no se aviene á sus ensueños de vida libre. De ahí que se le note un tinte de amargura y un conato de escepticismo que él trata, sin embargo, de dominar con el cultivo de la poesía, que es la belleza pura, como en la delicada composición *Rosenstimmen* (El canto de las rosas), digna de Goethe.



Ugarte es un razonador á quien la vida del hombre y de la sociedad sugiere comentarios sin fin; ante los hechos vivos y las cosas reales no permanece perplejo como los exhaustos de espíritu, que nada ven ni oyen. Posee notables cualidades de psicólogo, y con sus ideas, bien ataviadas de imágenes, recorre el laberinto del alma de un pintor moderno que siente sinceramente y piensa hondo en *La Novela de las horas y de los días*. Con esta obra ha dado Ugarte un paso más adelante en su ascensión.

Contagiado del París de las cosas hermosas, nos ofrece Rubén Darío en *La Caravana pasa*, cuyas admirables crónicas leen con deleite exquisito quienes gustan de la buena literatura. Mucho sentimiento íntimo, mucho pensamiento soñador, y especialmente mucha música interna, nótase en la prosa de Rubén Darío, en la que se ingiere de cuando en cuando su alada poesía.



El movimiento teatral sigue en París con mucha efervescencia. Las repeticiones y los estrenos se suceden sin interrupción. Para el que tiene recursos, no hay tiempo en París para aburrirse con tanto espectáculo. Y eso que tampoco escasean las exposiciones de mueblaje, de flores, de pintura, de escultura, etc. Se ha inaugurado ya el Salón de Otoño cuyo establecimiento tanto se impetrara, y ha dado éste acogida al residuo del arte internacional, como indiqué en *Tierra y Libertad*.

La Comedia Francesa, el teatro más escumbrado de París por sus tradiciones clásicas y la protección gubernamental, ha introducido en su repertorio la *Blanchette*, de Brioux, que estrenó tiempo atrás Antoine con mucho éxito. En *Blanchette*, que es un caso muy genuino de París, Brioux estudia á la muchacha pobre que, habiendo recibido cierta educación, ambiciona lujo, honores y riquezas, es decir, todas las engañosas exterioridades. La realidad, con sus zarpazos, cuida de devolver el juicio á la chica. Se casa ésta, por último, con un honrado trabajador. La escenografía se presenta con suntuosidad y con gusto en la Comedia Francesa; pero los actores actúan aisladamente en menoscabo de la armonía general. Sus maneras son además harto solemnes y empecatadas.

Lugné-Poe, con su acostumbrado celo artístico, nos dió en el teatro de L'Auvre la *Casa de muñecas*, de Ibsen. Ya es sabido que este autor, de conformidad con el anarquismo, proclama en esta obra el derecho de cada individuo á la felicidad, para lo cual debe

(1) La traducción es como sigue:

«Ningún pueblo soberano, ningún Hohenzollern ni ningún tirano del dinero nos engatusarán para que, en lugar de los grandes hombres y de los ínclitos caudillos, los glorifiquemos á ellos como héroes superiores de la humanidad.»

el mismo formar su propia vida, sustrayéndose a la tiranía de las leyes, cuya misión es impedir el progreso de la humanidad. Suzanne Després nos dió una Nota poética y apasionada.

En el Gytinase se repitieron *Les amants de Sazy*, del penetrante Coolus, quien nos presenta personajes semicorrompidos, de un envilecimiento ameno, propios de París. En medio de la vocación prostitucional de Sazy y la escéptica alcahuetería de Sautterne, florece el sentimiento profundo, que hace de ellos dos enamorados tiernos, sencillos y candorosos. La interpretación no pasó de regular.

Y llegamos al estremo culminante de esta temporada; *Antoinette Sabrier*, donde Román Coolus hace gala de su observación sutil de las pasiones complicadas de este París, que es tan humano para el que lo conoce y tildan de artificial quienes lo ignoran.

Germán Sabrier, banquero, adora a su esposa Antoinette, mujer superior, que no ha encontrado, sin embargo, su ideal en su marido, pero le permanece fiel y le es cariñosa: ha resistido a las asechanzas de Gastón Doreuil, verdadero amigo, a quien reciben ella y su esposo en su casa como a un hermano. No recela Germán Sabrier de la intimidad sentimental de Doreuil y Antoinette, pues son harto nobles para engañarle. Jamagne, comanditario muy rico de Sabrier, tampoco ha conseguido seducir a Antoinette. Tiene ésta una hermana joven, Elena, por la que siente mucho afecto. A Elena la corteja un amigo de la infancia, Dangenne, a quien su amada hace invitar un día por Antoinette. En el curso de la recepción, ésta alude discretamente, ante Dangenne, a los sentimientos que inspira a su hermana. «No falta quien le quiere a usted más de lo que usted se imagina.» Esta frase trastorna hondamente a Dangenne y la causa de su turbación es Antoinette, a la cual no trata de disimularlo él.

Y Antoinette, que se creía fuerte ante los peligros pasionales, se emociona vivamente por esa confesión, se prenda, como es lógico, de Dangenne y se le entrega. Pronto combinan huir del hogar conyugal. En el interín, pierde Germán Sabrier su fortuna por haber especulado con ella y retirarle Jamagne los fondos de comanditario. Y cuenta que Germán dióse a especulaciones por amor a su mujer, con objeto de proporcionarle una vida más lujosa. Ante la fatalidad del desastre y el dolor de su marido, Antoinette no ignora cuál es su deber: quedarse.

A Germán Sabrier puede salvarle de la ruina Dangenne; que es muy rico, con su apoyo pecuniario: Entonces, sin embargo, cree observar su solicitud para con su esposa. Dovenil, el amigo íntimo de la casa, le tranquiliza asegurándole que no hay tal cosa. La escena de la proposición, entre los tres hombres, es de una hermosura hecha de distinción y de sentimiento. Sabrier pregunta a Dangenne: «¿Puedo aceptar que usted me salve con ese dinero?» Dangenne jura que en su oferta no hay nada ofensivo para su honra de esposo. Se presenta entonces Antoinette y Sabrier la mira fijamente y la acusa a preguntas, y ella se inmuta. Estalla el furor de Sabrier: «¿Caballero, que iba usted a hacerme cometer?» — clama arrojándose sobre Dangenne—. «Caballero, hay situaciones en que sólo se obra mal. Traté de obrar lo menos mal posible.» Antoinette, sincerándose, dice que aplazó su fuga en vista del desastre, pero que sigue queriendo a Dangenne, de quien es amante. Renace en Sabrier su pasión por ella, y dice que la perdonará si renuncia a Dangenne y quiere ir con él a América. Vacila Antoinette, y esa vacilación constituye un golpe supremo para el desgraciado, que se aleja y se suicida en su gabinete.

Coolus presenta, pues, el conflicto de los temperamentos. Su arte es humano y literario. Detalla con delgadeza la vida; tal como la siente en sus crisis y en sus fatalidades sin faltar a la lógica. Rejane representó con maestría a esa mujer cruel, que se resistió en

tanto la ampara la razón y se entrega sin rubor cuando la naturaleza se impone. Tattiole hizo un marido lleno de finura y de dignidad.

En el teatro de Sarah Bernhardt se ha estrenado *Jane Vedeking*, de Félix Philippe. Jane Vedeking es la viuda de un rico comerciante. Tiene tres hijos: Alberto, Alfredo y Otto. En la caja de su despacho robaron 20.000 francos, lo que acarreó la prisión de Bulau, cajero, sin que se probara su culpabilidad. Es inocente y lo sabe la viuda; la cual nada dice, porque el verdadero autor del robo es uno de sus hijos. He ahí á un añejo conflicto de sentimiento maternal y deber social. Para reparar algo la falta, Jane Vedeking ha tomado por dama de compañía á Dorotea, la hija de Bulau. Alberto se enamora de ella, y la madre de aquél, la propia Vedeking, consiente en el casamiento. Impugna Alfredo, el otro hijo, ese enlace con la hija de un ladrón. La madre le revela el drama. En el interin, sale de la cárcel Bulau, cumplida su condena, y su primer intento es denunciar al verdadero culpable; pero se entera del amor de su hija y, al ver que tendría que sacrificar la dicha de ésta por su rehabilitación, desiste de ella. Tal es el drama, que no es muy original. Los actores se portaron como buenos.

En la *Gaité* se ha estrenado *La Flamenco*, ópera de Caïn y Ádenis, que parece un trasunto de *Carmen*. La música tiene momentos de sentimiento y se halla bien armonizada. La orquesta resulta de mucha cohesión y la escenografía es admirable, por su color y su lujo. Resultó muy pintoresco y hasta original el número del Café cantante.

J. Pérez Jorba.

París, 16 Noviembre 1903.

LA DECADENCIA ANARQUISTA

Información sobre las tendencias actuales del anarquismo.

Las ideas evolucionan y se transforman á medida que el mundo adquiere más experiencia y verdad.

Las sectas mueren.

Me propongo en este estudio sobre las *tendencias actuales del anarquismo*, exponer cuáles son las condiciones de nacimiento, de vida y de muerte de las sectas, exponer en seguida que el anarquismo es una secta cuyo nacimiento se remonta á 1876, en el Congreso de Berna, cuya decadencia comenzó en 1894, después del proceso de los Treinta, y que parece actualmente á punto de desaparecer ó, por lo menos, de sufrir importantes excisiones. Haré un llamamiento, en fin, á la buena voluntad de todos los que han escrito ó hablado sobre el anarquismo y á los que sencillamente se han interesado en sus manifestaciones, con objeto de que, respondiendo á un cuestionario, me comuniquen la expresión de sus tendencias actuales.

Después de las *Cartas de nobleza de la anarquía*, de Delacour, mostrando la evolución de ideas que conduce al anarquismo; después del estudio, muy científico, de Elitzbachez, sobre el *Anarquismo*, se impone una obra sobre el período presente, que muestre con claridad por propia confesión de los colaboradores, cuales son las diversas corrientes de opiniones que emanan de la doctrina, cuales pueden ser sus puntos de contacto con sus antinomias y en qué medida pueden tener interés en unir sus esfuerzos bajo una etiqueta común.

Toda respuesta—cualquiera que sea—que ofrezca un carácter verdaderamente personal, encontrará aquí lugar.

No podrá aportarse ninguna modificación. En atención al marco del volumen y á la necesidad de evitar las repeticiones, se hará un examen sumario, pero imparcial, de las otras, sin que por ello se eche en olvido el nombre de los autores.

Para la simplificación y el interés de la exposición, no pedíé que cada uno haga la crítica de las opiniones de sus adversarios, sino que exponga solamente, con claridad y concisión, un desarrollo de la tesis que le sea propia.

El lector juzgará con arreglo á sus simpatías y nosotros podremos establecer, por último, sobre una base más segura, nuestras opiniones en lo referente á saber si la secta anarquista, poderosa siempre, unida por resoluciones fundamentales, está en vías de prosperidad, aunque momentáneamente diversa, ó si por el contrario, y como me inclino á creer por mis observaciones personales, hasta este día, está llamada á desmembrarse para naufragar, de una parte en el tostoicismo, en el socialismo de otra, dejando como ve tígios algunos filósofos y oradores sin alcance social efectivo, los rudimentos de un arte que no llegó á serlo, y un cierto número de gentes sin conciencia, aves de rapiña terribles y desprovistas de escrúpulos que desertan, con la risa en los labios, de los rebaños de los débiles y de los irreductibles restos de U. P., fetos de grupos de acción social, impregnados del aguardiente revolucionario de las tabernas y que merecerán figurar más adelante en la extraña lista de las pequeñas religiones de París, entre los Swedenborgiens y los discípulos de Allan Kardec, el bienaventurado.

El objeto del presente estudio es proporcionar una base á la información y sentar la oportunidad de la misma. Ruego, por lo tanto, á los periódicos y revistas de todas las lenguas y de todos los países, que participen del movimiento social anarquista, que tengan la bondad de reproducirlo con el manifiesto que le acompaña.



Las ideas son comparables á la energía misma, de la que son una de las modalidades, á la energía eterna al través de la multiplicidad de sus manifestaciones; las sectas son comparables á los cuerpos organizados, en que son como ellos, asociaciones de individuos agrupados momentáneamente en virtud de una semejanza de necesidades presentes.

Se entiende por secta la reunión de personas que se adhieren á una misma doctrina.

La investigación de la verdad, la investigación de las causas de nuestra existencia y de los medios de hacerla más feliz, individual y socialmente son ideas sobre las que todos los hombres están de acuerdo. Nacen con la inteligencia humana, por efecto de las contingencias, y están llamadas á no desaparecer sino con ellas.

Si todos los hombres fueran idénticos como sensibilidad, como inteligencia y como temperamento; si las necesidades se les presentasen de una manera siempre idéntica; si los hechos, en fin, se produjeran siempre exactamente de la misma manera, si todos los hechos nuevos pudieran ser conocidos al mismo tiempo por todos los hombres, y si suscitaban en cada uno las mismas interpretaciones, ningún disentiimiento podría existir ni en filosofía, ni en ciencia, ni en sociología y, en general, en ninguna de las ramas en que se ejerce el espíritu humano. Todos los hombres constituirían una inmensa secta perfectamente de acuerdo sobre las adaptaciones que habia de darse al bien adquirido y á la investigación de lo mejor ó, para hablar más exactamente, no existirían sectas, puesto que la idea secta implica una idea de separatividad, de desemejanza por parte de ciertos grupos de individuos, comparativamente á los otros grupos de individuos.

Digamos, de paso, que si hubiera sido así, el mundo hubiera sin duda evolucionado poco. De la variedad de las sensaciones personales nacen las necesidades de comparación, de observación y de adaptación, íntimamente ligadas al desarrollo de nuestra inteligencia. De la variedad de las maneras individuales de sentir y de concebir, nace el choque de las ideas de donde brota la luz. Del antagonismo nace la lucha, indispensable á la selección, indispensable también á la generación de lo mejor.

Para la mejora de su evolución, los hombres son desemejantes, como sensaciones, como mentalidad y como necesidades, según las épocas y según las razas, los grupos y los individuos.

Sintéticamente idénticos en cuanto á puntos muy generales, son analíticamente diversos y contradictorios en sus adaptaciones particulares.

La herencia, la educación, el mayor ó menor desarrollo de la inteligencia, el clima, las condiciones económicas, el medio social frecuentado, la experiencia personal de la vida, el grado del progreso actual y, sin duda, muchas otras condiciones poco conocidas, son otros tantos factores cuyas combinaciones, en matices infinitos, concurren á producir una infinita variedad de individuos, hasta tal punto que no se puede decir que exista un sólo hombre completamente semejante á otro.

La busca del placer, común á todos, produce á la vez el vividor y el asceta, el hombre que divide su capa y aquél cuyo bienestar aumenta con el contraste de las miserias circundantes.

El poeta, el matemático, el filósofo y el obrero, puestos en presencia de un mismo hecho, le ven cada uno con una óptica particular, que despierta en ellos ciertas conclusiones, pero les disimula las otras. En donde el Boshiman no ve más que la cascá de un fruto maduro bueno para comer, Newton descubre una ley científica que el primero no sabría apreciar, aunque le fuese explicada.

La verdad de hoy será el error de mañana. Tal hipótesis que, basada en hechos precisos, parecía indiscutible, se derrumba lamentablemente como un castillo de naipes, ante el hecho nuevo en el que no se había pensado.

La razón de tal individuo no es la de tal otro, porque está hecha de elementos de naturaleza diferente. La fatal relatividad de nuestros conocimientos y de nuestra experiencia personal, la influencia de nuestros intereses y pasiones del momento, todas las condiciones, en fin, que forman nuestra personalidad y la hacen distinta de la de otro, contribuyen á hacer de la razón de cada uno una especie de piedra de toque, muy preciosa cuando se trata de buscar personalmente nuestro mejoramiento, de encontrar reglas de adaptación de nuestro individuo á las circunstancias; pero de un valor muy dudoso, por el contrario, cuando se trata de resolver los mismos problemas por cuenta de los otros. Lo que es verdad para nosotros no lo es para ellos. En donde uno se envenenaría, el otro encuentra su alimento, y no hay gentes más temibles que las que consideran á la humanidad como una edición de varios ejemplares á su propia imagen, y se empeñan, según un método que no les concierne sino á ellos, en hacer feliz á todo el mundo sin consultar á nadie.

Cualesquiera que sean las desemejanzas existentes entre los individuos, no lo son tanto, sin embargo, que ciertas analogías de interés, de condición ó de ideal no puedan, por un espacio de tiempo más ó menos largo, reunir mayor ó menor número de personas en un terreno de inteligencia.

Cuando uno ó varios individuos de personalidad poderosa, habiendo sentado las bases de un problema, formulado un dogma ó bien establecido un programa de acción,

han conseguido agrupar en torno de ellos por simpatía, un número más ó menos considerable de otros individuos cuyas voluntades, aproximadamente idénticas, se encuentran unidas para un esfuerzo común, se puede decir que ha nacido una secta.

Los individuos que componen la secta no forman evidentemente nunca un todo completamente homogéneo, pero se encuentran evidentemente asociados por un número suficiente de intereses semejantes para que la comunidad de sus esfuerzos posea en razón de ser en favor del mantenimiento de los intereses de cada uno.

El fenómeno social, que es la existencia de una secta, se encuentra regido por ciertas leyes ó coincidencias que se pueden observar con regularidad.

Así, la potencia de realización producida por el agrupamiento de las voluntades, será tanto mayor cuanto mayor unidad exista entre ellas; por el contrario, el camino será tanto más penoso, más pausada la marcha hacia el fin propuesto, cuanto mayor desunión aporte la divergencia de opiniones é intereses.

La fuerza de una secta, para hablar de otra manera, está en razón directa de la homogeneidad de las tendencias de los que la componen y en razón inversa de su heterogeneidad. No hay que entender por esto que el ideal fuera agrupar á individuos con aptitudes de la misma naturaleza, porque importa que sus aptitudes sean diferentes, puesto que así son susceptibles de completarse entre sí, de reforzarse mutuamente sin neutralizarse nunca.

Lo que importa es la semejanza de los deseos, el paralelismo de las vías individuales en la gran vía colectiva.

Las sectas más poderosamente organizadas, las que son más viables, son al mismo tiempo las más dogmáticas, aquellas en las que el adepto tiene menos libertad de crítica, en las que el fin, la regla de la colectividad, son todo y el individuo nada.

El ideal del género es la Compañía de Jesús. Nadie está obligado á formar parte de ella, pero cuando un hombre ha resuelto entrar, debe comprometerse con la regla de la Orden: *perinde ac cadaver*.

Tal regla representa la más completa abdicación del yo que se pueda imaginar en favor de un voto colectivo. Representa una cristalización de pensamientos sobre una fórmula. El adepto dice: «He llegado á un grado que me parece el más elevado que mi debilidad pueda alcanzar: He llegado á comprender el pensamiento de un hombre que me es incomparablemente superior y no iré más allá. Humildemente, como un niño pequeño, me confiaré á él, sin discutir jamás sus enseñanzas; me confiaré á él á fin de que me guíe y me libere de mí solo, por temor de perderme en las tinieblas.»

Cuando el entusiasmo, la influencia moral de un hombre de genio ó bien una convicción profunda han formado la agrupación de individuos añadiendo, á un tal estado de espíritu, el ardor que anima á los apóstoles no pueden producirse ninguna disensión, ninguna dispersión de energía; se puede decir que todos no forman más que uno, y su poder se hace irresistible por poco que se dirijan á masas sin fe, sin organización, rotas por querrelas internas y ambiciones mezquinas.

El desarrollo del cristianismo en el Imperio romano es un notable ejemplo de esto, á pesar de algunas disidencias que se produjeron al principio, porque no podían tener importancia suficiente para comprometer la obra de la secta entera.

Tales sectas, cuando poseen como jefe espiritual un hombre de carácter, son las únicas susceptibles de evolución. En efecto, como cada uno de los adeptos está dispuesto á seguir ciegamente el camino trazado por el maestro, se sigue que á medida que aquél descubre ideas nuevas, adaptaciones más prácticas, son inmediatamente aceptadas por todos sin posibilidad de conflicto ó de escisión.

La evolución de todos sigue exactamente á la evolución de uno sólo que no puede contradecirse.

Las otras sectas no son susceptibles de evolución; sus primeros pasos hacia el progreso son un encaminamiento hacia la muerte, es decir, hacia la desintegración. El libre examen, la discusión, son toleradas, ningún jefe es admitido de una manera definitiva, se busca mejor ó peor el ascendiente moral de los directores. Esto es dar libre curso á todos los odios disfrazados, á todas las envidias. Cada cual quiere ser él, cada cual quiere brillar y tener el orgullo de arrastrar en pos á los demás. El espíritu de contradicción se desarrolla y aparecen las tesis más opuestas. La energía de todos se pierde en luchas intestinas y se emplea cada vez menos en la realización de lo propuesto al principio. Este estado de cosas ofrece una ventaja: que la iniciativa de cada uno se desarrolla y se ejercita en pensar por sí mismo. Pero esta ventaja para los individuos, es precisamente lo que ocasionará pronto ó tarde la muerte de la asociación.

Tratábase de proclamar una verdad, de crear un movimiento social, de perseguir un sistema científico. Atraídos por la voz de algunos, acudieron unos hombres desde todos los puntos del horizonte y, entusiasmados por la luz de las verdades nuevas que presentaban vagamente, hicieron causa común, ahogaron sus voluntades particulares en pro del interés general. Durante un tiempo, cogidos de la mano, han seguido el mismo camino. Han hecho lo que los arroyuelos sin fuerza dispersados al través de los campos, y que se buscan, se encuentran, se confunden para formar el río que hace girar á la rueda del molino y arrastra los diques en día de crecida. Después se causaron, percibieron aquí y allí caminos más hermosos que les recordaban las comarcas de donde procedieran, y como todavía no querían separarse por miedo á la soledad, surgieron las querrelas, queriendo cada uno arrastrar á los otros por el sendero de su elección. Surgieron las querrelas, después la indecisión, y, antes de haber llegado al término del viaje, los hombres se dispersaron uno á uno ó por pequeños grupos, según sus deseos hechos incompatibles con los de sus compañeros de una atona.

Juan Maclean.

(Continúa.)

CRÓNICA TEATRAL

(«Resurrección» en el Teatro de la Princesa.)

Prescindir por completo de la novela de León Tolstoi al pensar en el arreglo dramático de los Sres. Jover y Ayuso, es imposible en absoluto, y, sin embargo, sería necesario al crítico de la obra teatral estrenada anoche en la Princesa. Si tal no ocurre, si el crítico recuerda la novela y si por añadidura recordara además los arreglos dramáticos que de la novela se han hecho en alemán, en francés y en italiano, la impresión que del drama español sacara el crítico se iría en comparaciones, y comparaciones acuden á mi mente al juzgar el drama de los Sres. Jover y Ayuso. Comparación general y principal: el desprecio á la justicia social ó histórica de la novela está bien sacado y sostenido en el drama; las ideas de igualdad económica ó de revolución económica en sentido de que la tierra sea del que la cultiva para sí, de la novela, están débilmente sostenidas en el drama, tan débilmente sostenidas, que sólo se recuerdan episódicamente en dos palabras de las que nadie hace caso y en un momento poco interesante; los preceptos re-

ligiosos y místicos, que son el alma de *Resurrección* novela, se conservan fielmente en *Resurrección* drama, dando quizá la obra dramática una impresión más desconsoladora y deprimente que la propia novela.

De suerte que en cuanto á labor social, revolucionaria y religiosa, podemos decir del drama de los Sres. Jover y Ayuso, en conjunto, que mengua su fuerza demoledora en lo económico; que la conservan en lo social, y que quizá la exageran en lo religioso y pesimista; si bien todo ello puede ser, más que un propósito de los arregladores, un resultado de los pasajes novelescos que han preferido para formar el drama.

Juzgado *Resurrección* desde el punto de vista de la mecánica teatral moderna, está bien hecho. Hay en el drama, acción; ninguna de las escenas cansan al público, ni nada sobra de lo que han llevado á las tablas los señores autores que han arreglado para la escena española la novela de Tolstoi; pero en lo que no han estado del todo afortunados es en la sucesión de las escenas. El final del primer acto, por ejemplo, sería de más grandeza artística si no terminase con un monólogo de Dimitri. Los monólogos nunca tendrán grandeza artística; es más, los monólogos, como los aparte, que tanto abundan en *Resurrección*, deben desaparecer del teatro, porque causan mal efecto al espectador; son anti-artísticos y no se dan en la vida. En la vida pensamos ciertas cosas, pero no las hablamos cuando queremos que nadie se entere de ellas.

Cuanto podríamos decir en adelante de los dramaturgos, tendríamos que decirselo al novelista, y ya se lo hemos dicho en otras publicaciones, no precisamente españolas, á propósito de la obra social y artística del conde ruso. En ninguna de las obras de León Tolstoi resucita nadie, y menos que en ninguna en *Resurrección*. Renunciando la vida y el amor, nadie, nadie resucita, y el gran artista del Norte no nos convence á pesar de su talento negativo, negativo en sentido de ampliar la vida, de enaltecerla y de gozarla. El sacrificio es también una negación de la vida, y felizmente para todos, el sacrificio tostoniano no enamora las naturalezas que pueden producir, con el amor, criaturas hermosas, nobles y buenas. Los místicos, los que rehusan los placeres carnales, ó son feos como demonios ó tienen la materia pervertida, capaz sólo de engendrar degenerados. Bien hacen, pues, en renunciar la vida y el amor. Quizá su renunciamiento de la vida y del amor no sea más que uno de los medios de que se vale la naturaleza para realizar su elección y su selección de los fuertes, sanos y bellos.



Resurrección, drama, podrá dar entradas, debería darlas; dará más entradas seguramente en Barcelona que en Madrid, porque el público barcelonés es más bárbaro y varonil que el madrileño; pero produciría más entradas aún en Barcelona, si de la obra se rebajara un poco la exageración del sacrificio y del enaltecerla, que no gusta á los burgueses partidarios de que la tierra sea de los que la hacen cultivar, ni á los obreros que estiman justo la igualdad de bienes.

¡Que tal cosa sería en perjuicio del pensamiento de Tolstoi! Ya lo sabemos; también lo es el amor, y el amor se preocupa poco de las preocupaciones de Tolstoi ni de los sermones morales que echan los viejos y los jóvenes de ambos sexos que no reúnen condiciones físicas para inspirarlo. Bendito sea él, bendito sea.

Angel Cunillera.

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Precios de suscripción... } Un año..... 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordú, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION

Cristóbal Bordú, núm. 1. MADRID